

ACTO I

Oscuridad total. Pausa. Por un lateral, se oye una voz femenina.

VOZ DE AURORA: Esto está muy oscuro, no se ve nada.

VOZ DE DON QUINITO: Como boca de lobo, Aurorita. Esto está como boca de lobo.

VOZ DE AURORA: Pues encienda la luz, hombre de Dios, ¿a qué espera?

VOZ DE DON QUINITO: ¡Ay, la luz! No disponemos de luz eléctrica, querida señorita. No han llegado aquí esas novedades...

VOZ DE AURORA: Pues una vela, un candil, algo habrá. ¿No tiene un fósforo?

VOZ DE DON QUINITO: ¿Lo considera, de verdad, indispensable?

VOZ DE AURORA: ¡Pero si no se puede dar un paso!

VOZ DE DON QUINITO: ¿Y qué? Somos un hombre y una mujer, ¿no?

VOZ DE AURORA: Ya me lo parecía, pero, de todos modos, gracias por la noticia.

VOZ DE DON QUINITO: ¿Para qué necesitamos luz?

VOZ DE AURORA: Yo siempre necesito luz.

VOZ DE DON QUINITO: ¿Siempre, Aurorita?

VOZ DE AURORA: Sí, señor, siempre. Así que, si no la enciende usted inmediatamente, me marchó y adiós.

VOZ DE DON QUINITO: Un momento, un momento, que prendo una modesta cerilla... Un momento... *(La enciende.)* ¡Luz! ¡Fiat lux!

A la débil llama, se entrevé a ambos personajes, aún sin detalles.

AURORA: Mire si hay alguna vela...

DON QUINITO: ¿Alguna, dice? ¡Aquí lo que sobra son velas! *(Se adelanta y enciende las de dos candelabros que hay sobre una cómoda. Al tiempo que las enciende, prosigue su comentario:)* ¡Más luz, más!, o mejor dicho "¡luz, más luz!", como dijo el eminente Goethe en el momento supremo. Se ve que también él necesitó siempre luz, le pasaba lo que a usted, ¡dos almas gemelas! Yo, en cambio, pertenezco a las tinieblas del abismo, soy un espíritu de la negación, un Mefistófeles. O sea, un subversivo.

A medida que ha encendido las velas, se ha iluminado progresivamente el espacio escénico: lugar cerrado, poblado por barrocas imágenes, policromías de santos y

diversos objetos del culto católico. También los personajes se han hecho visibles: AURORA es una mujer joven, de aspecto ambiguo, a la vez delicado y duro; DON QUINITO, por su parte, viste uniforme de oficial de Marina con gran empaque, y con frecuencia engola la voz y pone la mano sobre el pecho para enfatizar sus parlamentos.

AURORA (*mirando a su alrededor*): Nada, lo que le decía: me ha traído usted a la caverna más negra del oscurantismo!

DON QUINITO: ¡El sitio ideal! A estas horas, aquí no vienen más que los ratones.

AURORA (*que sigue mirando*): Esto es medieval...

DON QUINITO: Pero, ¿tanto tiempo hace que no pasa a una iglesia?

AURORA: Desde niña.

DON QUINITO: ¡Ay, pecadora, pecadorcilla...!

Hace ademán de tomarla por la cintura, y ella se aparta de un salto, al tiempo que le rechaza de un empujón.

AURORA: ¡Quieto ahí!

DON QUINITO (*a punto de caer*): ¡Ay, maldita sea! (*Se rehace.*) Pero, ¿qué le pasa a usted, señora mía?

AURORA (*agresiva*): ¡Me pasa, que a mí nadie me pone la mano encima!

DON QUINITO: ¡Pero entonces, a qué diablos hemos venido, si se puede saber!

AURORA: Hábleme con otro tono, por favor.

DON QUINITO: Bien, bien, perdone... Pero es que estoy confundido, usted me desconcierta, Aurorita... Si después de tantas tardes de amistad en la casa de su difunto padre, usted me pide que la lleve a un lugar en que nadie nos vea, pues comprenderá que yo... en fin... ¡Vaya, que podía hacerme ilusiones, no diga que no!

AURORA: Por supuesto, que no digo que no. Pero, amigo mío, unas ilusiones mucho más elevadas que las que se ha hecho. ¿Soy yo mujer para una triste aventurilla en un pajar?

DON QUINITO: ¿Cómo, un pajar? ¡Ésto es una sacristía!

AURORA: Para mí, tanto da. Si yo le pedí verle en secreto, fué para algo mucho más grande, algo digno de usted y de mí, es decir, suponiendo que usted esté a la altura necesaria, que me lo hace dudar...

DON QUINITO: ¡Ah, eso sí que no! ¡Usted no puede dudar de mí, de ninguna manera! Yo habré podido equivocarme, los dioses me hicieron mortal como al resto de los humanos, pero, ¡ah...! Este pecho, Aurorita, este pecho rebosa lealtad: ¡dudar de mí! ¡Cómo ha podido decirlo!

AURORA: Deme esa mano, don Quinito. Usted es el último de quien yo dudaría. ¡Estréchemela como a un hombre, nada de besos!

DON QUINITO: ¡Cierto, cierto! ¡Como a un hombre, como a un camarada fraternal!

AURORA: Eso ya es otra cosa. Sí, señor, así se habla.

DON QUINITO: ¡Gracias, gracias! Y ahora, Aurorita, si no es indiscreción...

¿Puedo preguntar...?

AURORA: Adelante, pregunte. Quiere saber para qué estamos aquí, ¿no es verdad?

DON QUINITO: Si no es para lo otro, yo no sé...

AURORA: Pues no puede ser más fácil: una cita secreta es para hablar en secreto, ¿no?

DON QUINITO: Para hablar..., sí, para hablar, claro...

AURORA: En una vulgar visita no se pueden decir las cosas que yo le quiero confiar a usted.

DON QUINITO: ¿No? ¿Y qué cosas son ésas, Aurorita, qué cosas?

AURORA: Cosas terribles, amigo mío. ¡Terribles!

DON QUINITO: ¿Terribles? ¡Aurorita, usted me asusta! ¡A mí, que jamás he visto el rostro del miedo, usted me asusta!

AURORA: Yo sufro mucho, don Quinito.

DON QUINITO: ¿Es posible?

AURORA: Se me parte el corazón, créame. Es una angustia que a veces ni respirar me deja.

DON QUINITO: Un dolorcillo de cabeza, ¿eh? Algún amorcillo que la trae...

AURORA: ¡No, señor, nada de amorcillo! ¡Es una pesadilla atroz, un horror!

DON QUINITO: ¿Una pesadilla? Pero, ¿una pesadilla que tiene usted en su camita?

AURORA: ¡Qué camita, ni qué camita! Despierta y bien despierta, cada vez que pienso en esa iniquidad, en esa infamia y en esa vergüenza... ¡Oh!

DON QUINITO: ¿Qué iniquidad, qué vergüenza? ¡Ay, no se ponga así, amiga mía, niña mía, serénesse! ¿Qué iniquidad es ésa? ¿Algo que le han hecho? ¿No será lo que me estoy figurando?

AURORA: Algo que me han hecho, sí. ¡Que nos han hecho a todas! (*Pasa en silencio a una expresión sombría.*)

DON QUINITO (*desconcertado, tras una pausa*): ¿A todas? Pero, ¿a todas, a quiénes? ¡Aurorita, qué cara se le ha puesto!

AURORA (*excitándose*): ¡A todas, a todas nosotras! ¿No lo entiende? ¡A todas las mujeres, sin excepción. ¡A todas!

DON QUINITO: ¡Bueno, bueno, pero cálmese, no se ponga trágica!

AURORA: ¡Que no me ponga trágica, dice con su santa pachorra! ¡Que no me ponga trágica! ¡Ay, que no me ponga trágica! ¿Cómo me voy a poner, diga, cómo quiere que me ponga? Si media humanidad está esclavizada por la otra media desde el origen de los tiempos, sólo por nacer con un sexo o con otro, ¿cómo me voy a poner? ¿Eh? Si tengo una poca sensibilidad, ¡sólo una poca!, ¿cómo me voy a poner cuando veo semejante injusticia?

DON QUINITO: También yo la veo, también yo me indigno, pero sin perder la serenidad, sin perder la calma, yo...

AURORA: ¡Cállese, cálmese, no me hable de serenidad ni de calma! ¡Yo no puedo estar tranquila cuando veo a esas pobres criaturas bajo los pies de sus amos! ¡Esas miserables que sólo viven para servir y obedecer! ¡No se puede sufrir tanta injusticia ni tanto dolor! ¡No, no se puede sufrir! Ay, don Quinito, el corazón se me rompe como un vaso, se lo juro... ¿No siente usted lo mismo,

don Joaquín de mi vida? ¿Puede usted presenciar sin dolerse algo tan lastimoso?

DON QUINITO: Esa duda me ofende, amiga mía. ¡Me ofende muy de veras!

AURORA: Más ofendidas están esas pobres desgraciadas. ¿No piensa usted en ellas?

DON QUINITO: Pienso, Aurorita, pienso. Pienso, y estoy transido, créame. ¡Transido!

AURORA: Lo creo, don Joaquinito, cómo no creerle. No puede ser ajeno a ese dolor, si de veras es un filósofo social...

DON QUINITO: Un filósofo, y un filántropo. Señorita, esas pobres mujeres irredentas han encontrado en mí a su valedor. ¡Yo soy un caballero!

AURORA: A ver, repita eso.

DON QUINITO: ¿Que repita, el qué?

AURORA: Eso, lo último que ha dicho.

DON QUINITO: ¿Que soy un caballero?

AURORA (*dándole una bofetada*): ¡Sí, eso! ¡Lo de caballero! ¡Esa sucia palabreja!

DON QUINITO: ¡Aurorita! ¡Señorita! En fin: ¡manos blancas, no ofenden!

AURORA: ¡Usted es un granuja, señor mío!

DON QUINITO: ¡Yo soy un noble filósofo! ¡Un espíritu que se cierne en las alturas! ¡Un águila en el cielo desierto!

AURORA: Calle, calle, que no me va a convencer. ¡Yo sí que soy un águila solitaria!

DON QUINITO: Unamos nuestros vuelos, Aurorita. Volemos juntos sobre las nubes, más allá del bien y del mal, que decía mi maestro, el gran Federico.

AURORA: ¿Se refiere usted a Federico Nietzsche?

DON QUINITO: ¿Quién, si no? ¡No va a ser Federico Barbarroja! Con aquella voz suya, tan peculiar...

AURORA: ¡Cómo! ¿Es que le conoció usted?

DON QUINITO: ¡Íntimos!

AURORA: ¡Oh!

DON QUINITO: ¡Íntimos, señorita! ¡Íntimos!

AURORA: ¡Ay, perdóneme! ¡Perdone usted a esta ignorante, don Quinito, se lo pido de rodillas!

DON QUINITO: De acuerdo, de acuerdo. Queda usted perdonada, con una condición: ponga un ósculo fraterno en esta mejilla que su bofetón ha envilecido.

AURORA: No, eso sí que no. Usted me perdona como un hermano, o al menos como un buen amigo o como un camarada, pero nada de besitos.

DON QUINITO: Es que yo decía un beso castísimo...

AURORA: Nada, nada, que no... No puedo, me da no sé qué...

DON QUINITO: Oiga, ¿yo tengo algo que le dé repugnancia?

AURORA: ¡Uy, qué va! ¡Cuántos quisieran!

DON QUINITO: Por favor, dígalo con franqueza.

AURORA: Pues mire, con franqueza: me dan asco esas cosas, no lo puedo remediar.

DON QUINITO: ¡Mujer, era un juego inocente!

AURORA: Ya lo sé, pero me da asco, qué le voy a hacer... ¡Y además, todo eso es una guarrada!

DON QUINITO: Bueno, tampoco es para tanto...

AURORA: ¡Una guarrada, una guarrada! Y le digo más: ¡es un crimen!

DON QUINITO: ¿El ósculo de paz, un crimen? ¡Aurorita, es usted la castidad misma!

AURORA: ¡Nada de castidad! ¡Esto es muy serio, señor mío!

DON QUINITO: Vamos a ver, criatura, no me estrague la clarividencia. ¿No estaremos hablando cada uno de una cosa?

AURORA: Yo sé perfectamente de lo que hablo.

DON QUINITO: Usted habla del beso vicioso y obsceno, y yo del beso puro y de cristal...

AURORA: ¡Yo estoy hablando de la explotación de la mujer!

DON QUINITO: ¿Otra vez?

AURORA: ¡Las que hagan falta! ¡Usted no tiene corazón! ¿Cómo puede hablar de otra cosa, mientras ese oprobio sigue ahí? ¿Es que no lo ve usted? ¡Yo lo tengo siempre en la cabeza, siempre! ¡Esa miseria cubre la tierra, esos lamentos llenan el aire, pero usted los olvida! ¡Usted los olvida!

DON QUINITO (*ya enfadado*): ¡No los olvido, no, señora! Pero, ¿qué quiere que haga, a ver? ¡Qué quiere que haga! ¡Venga, dígame lo que hago!

AURORA (*irritada*): ¡Cállese, por favor! (*Comenzando el juego anterior*): ¡Ay de vosotras, las vencidas...!

DON QUINITO: La comprendo, la comprendo, Aurorita. ¡Desdichadas hijas de Eva, vencidas por la fuerza bruta!

AURORA (*reacciona, abandonando la amenaza histérica*): ¡No, no, eso no es cierto, no! ¡Yo he descubierto que no! ¡Yo he descubierto la verdad! ¡No ha sido la fuerza bruta, sino el sexo, lo que las ha llevado ahí! ¡Están contrahechas y deformes, tienen más sexo que cabeza! ¡Les enseñaron que el amor es un misterio y se lo creyeron, pobres ignorantes! ¡Un misterio sagrado y maravilloso, que se les descubría cuando el cerdo de su marido las ponía boca arriba! Primero era el besito de hermano. Y el caballero con lo que hay que tener, todo un caballero, y luego era el amo y el amo para siempre, hasta que la muerte los separe, para que no haya duda... ¡El maldito sexo! (*Repentinamente furiosa, histérica de nuevo*.) ¡Eso es tan natural como el comer! ¡Es igual, es igual! ¡Es como beberse un vaso de agua! ¡No lo agradezcáis tanto, que os esclavizáis, putas! (*Se arroja al suelo, golpeándolo con los puños*) ¡Que lo hacéis vuestro amo! ¿Es que no lo veis? ¡No os vayáis con él, guarras! ¡Guarras! ¡Guarras! (*Se queda inmóvil, jadeando, con la cabeza en el suelo.*)

DON QUINITO: ¡Aurora! ¡Aurorita! ¿Qué le pasa? ¿Está usted bien? Vamos, levántese. ¡Buen susto me ha dado!

AURORA: ¿Se ha asustado usted?

DON QUINITO: No es eso, jovencita. Puedo asegurarle que no conozco el miedo. Ea, tranquilícese. ¡Ay, qué niña ésta, tan loquinaria!

AURORA: No se ponga paternal, que no me sirve. Mi padre ya murió, y no busco sustitutos.

DON QUINITO: ¿No le quería usted?

AURORA: Muchísimo. Por eso no necesito poner a otro en su sitio.

DON QUINITO: ¡Ah, qué hombre afortunado! ¡Créame, le envidio!

AURORA: Nada de chicleos, oiga.

DON QUINITO: Por favor, hábleme de sus preocupaciones, adorable niña.

AURORA: Tenga la bondad de no ponerse tan cerca. ¡Y no me toque tanto!

DON QUINITO: Pero oigame, se lo suplico. Volvamos sobre lo que la tiene preocupada, quiero prestarle ayuda. ¡La explotación de la mujer! Hay que acabar con eso, Aurorita. ¡Hay que acabar con esa iniquidad! Quiero que sepa que, desde este momento, consagro mi vida a esa tarea, se lo juro con la mano en el corazón.

AURORA: Se está usted riendo de esta pobre, don Joaquinito.

DON QUINITO: Suprima usted el don por esta tarde.

AURORA: No se burle de mí.

DON QUINITO: ¡No le permito que piense esa barbaridad! ¿Quién se burla?

AURORA: ¡Usted se burla! ¡Se burla como si fuese una estúpida, y no lo soy! ¡Sé muy bien lo que digo!

DON QUINITO: ¡Aurorita, hija, usted me mata! ¡Cómo tendré que decirle que estoy absolutamente de acuerdo con sus ideas! ¡Es más, que esas ideas son aquéllas por las que he luchado toda mi vida! ¡Por las que he sido perseguido, encarcelado, torturado! ¡Sé cuanto hay que saber sobre la explotación de la mujer! ¡Lo sé todo! ¡He leído libros! ¡Libros y libros y libros!

AURORA: ¡Yo he leído todos los de la biblioteca de mi padre! ¡Tres veces cada uno!

DON QUINITO: ¡Y además, soy un nietzscheano trascendente, para que se entere! ¡Discípulo directo y amigo personal del maestro! ¡Soy un superhombre!

AURORA: Usted es un hombre excepcional, eso se ve enseguida. ¡Y yo tengo una necesidad muy grande de confiarme a usted!

DON QUINITO: ¡Benditas sean mis orejas, que al fin oyen cosa buena!

AURORA: ¡No se ría!

DON QUINITO: ¿Cómo me voy a reír, si soy todo suyo? Vamos, ábrame su corazón. Confíe su intimidad a este alma gemela.

AURORA: Don Quinito, esto ha de quedar entre los dos.

DON QUINITO: ¡Sepa que soy un sepulcro! ¡Soy la Esfinge de Gizeh, tumba de faraones! (*Corta pausa.*) ¡Adelante, hermana mía! Vacíe su corazón sobre mi pecho.

AURORA: Le advierto que no se lo digo por debilidad, sino por confianza fraterna hacia el hombre bueno que veo en usted. Sólo eso me mueve a confiarle la gran misión que pesa sobre mis espaldas.

DON QUINITO: ¿Sobre sus deliciosas espaldas, Aurorita? ¿Una misión? ¡No me diga cuál es! ¡Dígame ante todo si puedo compartirla!

AURORA: De ninguna manera. Quíteme la mano, por favor. Gracias. Es la misión de mi vida, compréndalo. No puedo repartirla con nadie, es sólo mía. Hace muchos años que pienso en ella, es el gran trabajo que justificará mi existencia. Una empresa colosal que tengo ya planeada en todos sus detalles y que me ocupará intensamente el resto de mi vida.

DON QUINITO: ¡Es usted esplendorosa! ¡Ah, hermosa niña! ¿Y cuál es ese sagrado quehacer, si no es indiscreción?

AURORA: Quebrar los hierros en que gime mi sexo.

DON QUINITO: ¿Cómo, cómo?

AURORA: Yo romperé las cadenas que aprisionan a las hembras del género humano. Yo saltaré la argolla que atenaza su cuello, yo las redimiré de la esclavitud, llevando a sus espíritus la luz de la verdad. Una luz que nacerá de mí, como la luz del día que nace de la aurora. De la aurora, ¿se da usted cuenta? Yo soy la aurora de una nueva era, yo. ¡Mi propio nombre me marca mi destino!

DON QUINITO: ¡Aurorita, qué maravilla! Su nombre y su misión son una misma cosa, ¡qué juego de palabras tan oportuno y expresivo!

AURORA: ¿Un juego de palabras? ¿Es eso todo lo que se le ocurre?

DON QUINITO: ¡No, no, de ninguna manera, qué dice! Pero si estoy yerto, estoy traspuesto! ¡Usted será más grande que Buda y que Cristo juntos! ¡Es usted el ser más grande de la historia!

AURORA: Usted me comprende, querido amigo. Usted es un hombre superior.

DON QUINITO: Y usted es una maravilla que me va a dar un abrazo. ¡Esta vez no se puede negar! ¡No se puede negar! ¡El abrazo de la redención! ¡Adelante, mujer insigne, yo te venero!

AURORA: ¿Y no me pregunta usted por la vía metodológica que me propongo seguir? ¿Le es indiferente?

DON QUINITO: Venga el abrazo, y se lo pregunto.

AURORA: No hay abrazo, lo lamento. Pero escuche con atención, que se lo voy a decir. La verdad científica y redentora de la igualdad de los sexos está ya en mi cerebro, y ahora necesito un agente difusor que se encargue de comunicarla a las demás mujeres, lanzándolas a la revolución. Ese es el resumen de mi idea, ¿qué le parece?

DON QUINITO: Ya. Y ahora me endosa el mochuelo de que sea yo el agente de autos. Me coquetea un poquito, un cambio de ojos, una cogida de mano, y hale, allá va el pobre tonto, a predicar la buena nueva...

AURORA (*ríe*): ¿Usted, el agente? ¿Pero lo dice de verdad? ¡No me haga reír, don Joaquinito! ¡Ay, pobre señor! ¿Usted no sabe que ha de tratarse de una persona absolutamente excepcional, un genio tal vez, y que su formación y su control son precisamente la misión de mi vida?

DON QUINITO: ¿Ah, sí? ¡Pues, adelante! ¡Busque usted su persona excepcional! Pero le voy a decir una cosa, señorita: ¡yo soy un nietzscheano trascendente! ¡Un amigo del maestro! Usted se ríe de mí y dice que no le sirvo. Perfectamente, allá usted. Busque, busque a otro que valga más que yo, y que tenga mucha suerte. Este filósofo despreciado se retira como un águila alta-nera. Me vuelvo a mi navío, a contemplar la inmensidad azul desde mi puente de mando, en un viaje sin final ni retorno, con el corazón destrozado por su incompreensión y su injusticia.

AURORA: ¡Don Quinito, don Quinito de mi vida! ¡Es usted tan tonto, que no comprende nada!

DON QUINITO: ¡Señora mía, don Federico Nietzsche no era de su opinión!

AURORA: ¡Cualquiera sabe!

DON QUINITO: ¡Oiga, un respeto! ¡Un respeto!

AURORA: ¡Eh, no me grite! ¡Mucho cuidado!

DON QUINITO: ¡Tiene usted suerte de llevar faldas, que si fuera un hombre...!

AURORA: ¡Yo soy tan hombre como usted!

DON QUINITO: ¡Usted no es más que una niña tonta! ¡Agradezca que soy un caballero!

AURORA: ¿Otra vez? ¿Es que quiere que le dé otra?

DON QUINITO: Guárdese esa manecita donde le quepa. ¿Estamos?

AURORA: ¡Grosero! ¡Gañán!

DON QUINITO: ¡Ven aquí, putilla! ¡Así!

AURORA: ¡Qué hace! ¡Gorrino, cómo se atreve! ¡Quíteme esas manos de encima! ¡Suelte! ¡Quite esa mano de ahí, gorrino, más que gorrino!

DON QUINITO: ¡Qué duras son, y qué gordas!

AURORA: ¡Que me suelte le digo, sinvergüenza!

DON QUINITO: ¡Cuidadito, niña, que te arde el pelo!

AURORA: ¡Pero no me insulte, canalla! ¿Por qué me hace esto?

DON QUINITO: Por que me da la gana.

AURORA: ¿Qué clase de caballero es usted? ¿No le da vergüenza?

DON QUINITO: No, señora.

AURORA: Pues le tiene que dar. Si es usted un amigo, trátame como amigo.

DON QUINITO: Eso hago, niña.

AURORA: Entonces, no me ofenda usted.

DON QUINITO: ¿Y quién te ofende?

AURORA: ¡Su conducta! ¡Este sobo y esta profanación!

DON QUINITO: ¡Pero si esto es la sal de la vida!

AURORA: Cuando se hace a gusto, pero no a la fuerza.

DON QUINITO: ¡Ay, a la fuerza! ¡Pero qué fuerza, si esto es un juego! ¡Un juegucito con mi niña, y nada más!

AURORA: ¡Pues ya está bien de juegos! ¡Dos no juegan, si uno no quiere!

DON QUINITO: ¿Y usted no quiere, criatura celeste?

AURORA: ¡No señor, no quiero!

DON QUINITO: ¡Es usted cruel!

AURORA: Estábamos hablando de cosas serias, y usted lo ha estropeado. Ha sido muy desagradable.

DON QUINITO: Y para mí muy doloroso, el feo que me ha hecho.

AURORA: ¡Usted me ha ofendido, don Joaquinito! ¡Me ha tratado como a una cualquiera! ¡A su mejor amiga!

DON QUINITO: ¡De rodillas imploro su perdón! ¡Píseme, Aurorita! ¡Aplásteme como a un gusano!

AURORA: ¡Ayyy! ¡No me tiente, don Quinito! ¡No me tiente!

DON QUINITO: ¡Adelante, píseme el cuello! ¡Aquí me tiene! Oprima el cráneo de la serpiente con su planta de virgen sin pecado!

AURORA: Levántese, no sea pesado, que ya no tiene gracia.

DON QUINITO: Por lo menos, un puntapié. Deme usted un buen puntapié, quiero que el castigo me redima.

AURORA: Está bien, sólo uno. Ahí va.

DON QUINITO: ¡Au! Aurorita, tiene usted las negras entrañas de un guardia de la porra.

AURORA: ¡Qué flojos son los hombres!

DON QUINITO: Flojísimos. Si yo le diera a usted una buena patada en la entrepierna, veríamos la cara que se le pone.

AURORA: ¡Flojos, más que flojos! ¡Ay, si ustedes tuvieran que parir!

DON QUINITO: Ya salió lo de siempre. ¿Y ha parido usted muchas veces?

AURORA: Cuando llegue la hora, estaré preparada. Ni un grito saldrá de mi pecho.

DON QUINITO: Chillará como un cerdo, igual que todas. Pero yo respeto el dolor de la maternidad.

AURORA: Mi dolor será distinto, porque de mi vientre nacerá una antorcha.

DON QUINITO: ¿Una antorcha? Pues sí que tiene usted caliente el cuerpo. ¡Está que arde!

AURORA: ¡Quieto! ¡Será una antorcha que alumbrará el mundo!

DON QUINITO: ¡Un farol de cegadora luz!

AURORA: ¡Luz del espíritu, que deslumbrará las mentes al mostrarles la verdad!

DON QUINITO: ¡La verdad suprema del mundo y de la vida! ¡La única verdad verdadera!

AURORA: ¡No se burle, estúpido! ¡Estúpido!

DON QUINITO: No me vuelva a hablar así. Le aconsejo que no me vuelva a hablar así.

AURORA: Está bien. Yo quería decirle que...

DON QUINITO: No me vuelva a hablar así por nada del mundo. Nunca más.

AURORA: De acuerdo, don Joaquinito, se lo prometo. Ahí va mi mano.

DON QUINITO: Bueno, bueno. Ya lo sabe, no repita ese insulto, ¡no lo repita!

AURORA: ¡No, no! Seguro que no, no lo piense más. ¿No quiere que le explique lo de la antorcha que nacerá de mí?

DON QUINITO: Sí, claro. La antorcha.

AURORA: ¡Pero no ponga usted esa cara, que parece un difunto! ¡Écheme una risita!

DON QUINITO: ¿Le puedo dar un delicado beso en la pechuguita?

AURORA: No.

DON QUINITO: "¡Oh, más dura que el mármol a mis quejas..."

AURORA: Continúe, continúe usted.

DON QUINITO: Es que ya no sé más.

AURORA: Nunca me lo imaginé diciendo versitos: ¡un marino!

DON QUINITO: Es un resabio de la infancia inocente.

AURORA: Don Joaquinito, yo le tenía por un formidable marino y se ha quedado en un poeta llorón. ¡Usted no me interesa, don Joaquinito!

DON QUINITO: Como vuelva a llamarme poeta llorón, le parto la boca de un revés. ¡Usted sí que es poeta!

AURORA: Yo no digo versitos.

DON QUINITO: Pero pare antorchas, que es peor. ¡Pare antorchas, como Víctor Hugo!

AURORA: ¡Pariré la gran tea de la revolución feminista! ¡Yo soy la Prometea

que entregará el fuego y la redención a la mujer! ¡La antorcha que le daré, será mi propia hija!

DON QUINITO: ¡Ah, vamos!

AURORA: ¿Qué pasa?

DON QUINITO: Usted se casa con un hombre serio y formal, se acuesta con su santo esposo...

AURORA: Se equivoca usted, yo no tengo ningún propósito de casarme.

DON QUINITO: ¿Que no se va a casar? ¿Y su hija, qué? ¡No pensará tenerla estando soltera!

AURORA: ¿Y por qué no?

DON QUINITO: ¡Aurorita! ¡Aurorita! ¡Me asusta usted, criatura! ¡Qué horror, es usted terrible!

AURORA: ¿Es que no comprende que necesito independencia?

DON QUINITO: Sí lo comprendo, pero una hija de soltera...

AURORA: Necesito tener las manos libres, y también que la niña sea sólo mía, sin que el padre interfiera.

DON QUINITO: Lo puede usted hacer sin llegar a esos extremos, Aurorita. Usted se casa, y cuando nazca la niña envenena a su marido. Y ya, como una viuda honorable, tiene usted independencia y plena autoridad sobre su hija. Yo creo que es una solución más discreta.

AURORA: Y toda mi grandiosa misión redentora se basaría sobre una mentira, ¡qué bonito! Póngase la mano en el corazón, querido amigo: ¿usted lo haría? No, ya lo veo. Y, sin embargo, piensa que lo haría yo. ¿Tanto me desprecia que me cree capaz de hacer lo que para usted es vergonzoso?

DON QUINITO: ¡Oh, niña sublime! ¡Permita que me postre de hinojos ante usted!

AURORA: Es usted muy libre de hacer lo que quiera.

DON QUINITO: Besaré sus tobillos, sus rodillas...

AURORA: ¡Alto, alto ahí!

DON QUINITO: ¡Qué valiente es usted, qué extraordinaria! Afronta la condena social para tener un hijo...

AURORA: Una hija, cuidado. No es lo mismo.

DON QUINITO: ¿Y si nace un muchacho?

AURORA: He dicho hija, ¿me oye? ¡Hija!

DON QUINITO: Sí, pero...

AURORA: ¡Nada de pero! ¡Hija! ¡Así de fácil! ¡Una hija, y se acabó! ¿Está claro?

DON QUINITO: Sí, sí clarísimo...

AURORA: ¡Pues tenga la bondad de no discutir lo que no está en discusión! ¡Quiero tener una hija, y la tendré! ¡Quiero que mi hija sea una mujer excepcional, fuera de serie, y así será! Pienso echar sobre sus hombros la tarea más grande de la historia del mundo: ¡la liberación de la mujer!

DON QUINITO: ¡Me gusta la frescura! La gran misión de su vida, que nadie puede hacer por usted, y resulta que está pensando en echar al mundo una mocosa, para endosársela.

AURORA: Yo no estoy preparada para dirigir la revolución sexual y acabar con la dictadura del macho, necesito unos títulos, unos conocimientos y unas téc-

nicas que no tengo y se tarda mucho en adquirir. Pero a mi hija le daré desde muy, muy pequeña, la formación precisa para hacer de su cerebro una máquina de combate. Cuando esté a punto, la lanzaré a la lucha. Yo la dirigiré desde la oscuridad, parecerá que la revolución la hace ella, pero sólo será mi brazo. Para ella será la gloria, la inmortalidad, pero yo lo habré hecho todo. Yo seré el general, y ella el ejército... Mi ejército. ¡Mi!, ejército. El mío. Ella será el cañón, y yo el artillero. Ella será la bala, y yo la pólvora...

DON QUINTO: ¡Ella será el barco, y usted el timonel!

AURORA: ¡Eso! Yo seré el timonel que marcará su rumbo en todo momento, y ella será un acorazado a toda máquina en misión de combate contra la sociedad machista.

DON QUINTO: ¡Y no tiene novio!

AURORA: ¡Pues claro que no tendrá novio! ¡Estaría bueno!

DON QUINTO: Aurorita, usted me está tomando el pelo.

AURORA: ¿Quién? ¿Yo?

DON QUINTO: Le toma el pelo a este lobo de mar, y eso no está bien.

AURORA: Admito que es difícil de creer para un espíritu vulgar, pero ése no es su caso, don Quinito.

DON QUINTO: No me dé jabón, que ésa no cuele.

AURORA: Es usted un hortera, señor mío. ¿Por qué no puedo tener una hija estudiosa y obediente?

DON QUINTO: ¿Estudiosa y obediente? Usted lo que quiere tener es un genio, un fenómeno. ¡Y no sabe que esos nacen de uvas a peras y no hay quien los controle!

AURORA: No ha entendido nada, pobrecito. ¡El genio ya ha nacido, el genio soy yo! Ella tendrá una preparación técnica formidable y un sensacional bagaje de conocimientos; haré que desarrolle su inteligencia al máximo, pero yo estaré tras ella dirigiéndola, ordenándola, corrigiéndola. Ella será mi herramienta. Una herramienta magnífica, de precisión, hecha por mí misma con toda la dedicación de mi vida, pero al fin y al cabo sólo será eso, mi herramienta. Un genio es difícil que nazca, ya lo sé sin que usted me lo diga, pero el genio ya nació y está aquí, delante de sus narices. Para la Historia el genio será mi hija, pero la realidad es que soy yo.

DON QUINTO: ¡Vaya con Aurorita! Parece una niña tontorróna que le da miedo que le toquen una teta, y luego resulta que es un Nietzsche con faldas.

AURORA: Si va usted a reírse de mí, hemos terminado.

DON QUINTO: ¿Y si la niña le sale una golfa y una vaga que sólo piensa en ton-tear con gandules?

AURORA: Desde el mismo día en que nazca la tendré atada bien corto, para que no se tuerza.

DON QUINTO: ¿Y si con todo y con eso se tuerce, la muy zorra?

AURORA: Ni un minuto libre la pienso dejar, ¿cómo quiere que se tuerza? No estará suelta ni durmiendo. Trabajará, trabajará y trabajará, ésa será toda su vida. Y yo, vigilante, siempre encima. Todas las etapas de su educación las tengo escritas en un cuaderno. Ha de aprender a leer antes que a hablar, ha de hablar a la perfección cuatro idiomas antes de cumplir diez años, tiene que

ser abogado como muy tarde a los dieciséis años, y para entonces ya tiene que ser conocida por los libros científicos que habrá publicado. Desde luego, a los quince años será una experta conferenciante, y a los catorce escribirá los mejores artículos en los periódicos de más altura.

DON QUINITO: O sea, que la niña será un portento, un prodigio de feria.

AURORA: Será mi obra maestra, será una maravilla. Alta y rubia como una valquiria con coraza de oro y escudo resplandeciente, con alas en el casco, su buena espada entre las piernas y su enseña en la mano la veo muchas veces, cuando sueño con ella.

DON QUINITO: ¡Soñadora, que es usted una soñadora! ¡Eso son sueños de señorita sin novio! Ya se le acabarán las fantasías cuando se case y se harte de zurcir calcetines y de limpiar culitos.

AURORA: Eso es lo más insultante y lo más asqueroso que ha podido usted decir.

DON QUINITO: Pues me tendrá que perdonar, joven, porque yo no he pensado ofenderla ni poco ni mucho. Lo que pasa es que eso de la mocita sabia es completamente fantástico, no lo negará usted. ¡Es irrealizable, es una pura entelequia!

AURORA: ¿Y usted es un nietzscheano?

DON QUINITO: ¡Un nietzscheano trascendente de vanguardia! ¡Discípulo directo!

AURORA: Pues si usted cree que la educación puede formar al superhombre y no a la supermujer, usted es mi enemigo.

DON QUINITO: ¡Eh, un momento, un momento! ¡Cuidado! El superhombre es el que está más allá del bien y del mal, aunque no escriba artículos a los catorce años. Podría muy bien no saber leer ni escribir. ¡Y se precisan varias generaciones para alcanzarlo! Desde luego, su valquiria ilustrada es otra cosa. No tiene nada que ver con el superhombre, porque su superioridad no es moral, sino más bien técnica, diría yo. Quiero decir que usted la ha concebido más como una máquina que como un sujeto de decisiones. En esto, está muy claro que la superhombre es usted.

AURORA: ¡Ay, don Joaquinito, cuando habla usted en serio parece otro! ¡Me encanta oírle hablar de esa manera, me encanta!

DON QUINITO: Muchas gracias, Aurorita. También uno puede lucirse cuando llega la ocasión.

AURORA: ¡Y cómo me ha comprendido! ¡Qué pronto ha dado en el clavo de que la superhombre soy yo!

DON QUINITO: Bueno, si he de decirle la verdad, yo todavía no sé si es usted una superhombre o una imbécil...

AURORA: Ahora no lo sabe, pero luego lo sabrá. Lo sabrá cuando las trompas de la fama extiendan y difundan a Hidegart...

DON QUINITO: ¿A quién? ¿A Hildegard, ha dicho?

AURORA: A Hildegart, Hildegart. Así se llamará mi hija. Es un nombre que nadie ha tenido hasta ahora, un nombre nuevo para la mujer nueva. Lo he inventado yo: se compone de Hilde, sabiduría o ciencia, y Gart, jardín: Jardín de la Ciencia.

DON QUINITO: ¡Toma castaña!

AURORA: Por favor, no se muestre cínico, ahora no es el momento. Estoy hablando de mi hija, le estoy confiando algo que nunca he dicho a nadie.

DON QUINITO: Y yo se lo agradezco, buena amiga, se lo agradezco de todo corazón, créame. Uno tiene también su sensibilidad y sabe apreciar esas delicadezas del espíritu.

AURORA: Don Quinito, usted es para mí como un hermano.

DON QUINITO: Un *alter ego*.

AURORA: Yo le quiero mucho, don Quinito.

DON QUINITO: ¡Ay, Aurorita! ¡Usted me derrite, me enloquece!

AURORA: Cálmesese, cálmesese. Vamos, piense en otra cosa.

DON QUINITO: ¿Cómo voy a pensar en otra cosa? ¡Usted me ha dicho que me quiere mucho!

AURORA: Como a un hermano. ¡Como a un hermano excelente!

DON QUINITO: ¿Y podrá esperar que ese amor fraternal florezca con un perfume más embriagador?

AURORA: ¡Usted sí que se pone embriagador!

DON QUINITO: Puedo esperar, ¿verdad que sí? Dígamelo, criatura arcangélica, dígame que puedo esperar.

AURORA: No, don Joaquinito, no puede esperar. Quiero ser leal con usted, yo soy clara y delgada como el aire.

DON QUINITO: ¡Usted me aniquila! ¡Usted me destroza, me destruye! ¿Clara y delgada, dice? ¡Usted es un puñal! ¡Un puñal clavado por la espalda en este corazón!

AURORA: ¡No se alborote, no desespere! Por favor, no sea usted débil, ¡odio la debilidad! Acuérdesse de su maestro: ¡ponga una coraza de serenidad sobre la tempestad que ruge en su pecho!

DON QUINITO: Usted lo ha dicho, en mi pecho ruge una tempestad. ¡Ah, qué imagen! Aurorita, usted habla como Víctor Hugo. Aurorita, usted me da escalofríos.

AURORA: Es usted un valiente. Veo su esfuerzo de gigante alzándose sobre el dolor, y me conmuevo toda. ¡Voluntad de hierro!

DON QUINITO: Un león hay que ser, querida niña. Pero un león de bronce o de piedra, para resistir sin inmutarse el desprecio de una mujer como usted. ¡Yo soy tan sólo un hombre vulnerado!

AURORA: No repita usted esa tontería, ¿me oye? No repita usted que lo desprecio, porque me voy a enfadar. ¡Me voy a enfadar mucho!

DON QUINITO: Entonces, ¿por qué me rechaza? ¿Eh? ¿Por qué me expulsa de su vida? Dígamelo francamente, no tema derribarme como a una torre.

AURORA: Se lo he dicho y se lo he repetido, querido amigo. Me debo a mi misión, estoy consagrada de por vida a ese gran trabajo, y no puedo disponer de mí para entregarme a un hombre.

DON QUINITO: No se ofenda si le hablo con la directa sencillez de un lobo de mar, dulce Aurorita. ¿Me promete que no se ofenderá?

AURORA: No me ofenderé... siempre y cuando usted no se extralimite. Adelante.

DON QUINITO: Muy bien, pues adelante. Usted me da patente para decir lo que pienso, y a su amparo y garantía yo me permito hacerle observar que... que usted dice que su misión no le permite entregarse a un hombre.

AURORA: Hará un minuto que lo he dicho. Si me lo permitiera, a lo mejor yo tampoco lo haría, pero en fin, eso es otra cosa. Lo cierto es que no me lo permite, no, señor. Y mi misión está por encima de todo, por encima de mi vida también.

DON QUINITO: Pues ahí está el quid de la cuestión, mi alma. Si usted quiere tener una hija... por muy soltera que esté, tendrá que entregarse a un hombre, vamos, digo yo... A no ser que eso de la antorcha que sale de su vientre, ¡de su vientrecito encantador!, sea una forma de hablar, un tropo, y usted se limite a sacar una cría de la inclusa...

AURORA: ¿Qué ha dicho? ¿De la inclusa? ¿Mi hija, una inclusera? ¡Pero usted no tiene idea de lo que dice, usted no ha entendido nada, señor mío! ¿Pero usted se da cuenta de la tarea que le tengo señalada, yo a mi hija? ¿O es que se cree que yo quiero una hija para que me limpie el culo en mi vejez?

DON QUINITO: ¡Aurorita, qué cosas dice! ¡El culo...!

AURORA: Hildegart tendrá que hacer trabajos extraordinarios, pasará a la Historia de una manera deslumbrante, cambiará los destinos de la humanidad, ¿me comprende, sí o no? Es cierto que será una máscara mía, que en realidad seré yo quien lo hará todo, pero aún así la tarea que le queda es enorme, precisará de una inteligencia excepcional, una capacidad de trabajo monstruosa, un valor a toda prueba, una firmeza moral inquebrantable, que sé yo... ¿Y usted quiere que la saque de la inclusa?

DON QUINITO: No, no, de ninguna manera...

AURORA: Hildegart será una herramienta, de acuerdo, pero ¡qué herramienta! Mi gran tarea es prepararla, fabricarla tornillo a tornillo, pulirla, afinarla, engrasarla, tensarla, tenerla bien limpia, bien brillante, irle dando fuerza, irle poniendo mi pensamiento desde el primer día, irle entrenando, enseñando, ensayando, corrigiendo, apuntando... Y, cuando esté terminada, dispararla contra esta asquerosa falocracia para que acabe con la tiranía de los barbudos... ¡Se acabaron los tíos gorrinos con sus cosas colgando! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

DON QUINITO: Bueno, no se ponga así. Ya sabe que yo estoy de acuerdo, soy un socialista científico...

AURORA: ¿Cómo ha podido pensar que para fabricar una herramienta así vaya yo a emplear materiales de desecho? ¡Una inclusera! El producto del desliz de una criada con un señorito vicioso, ¡qué horror! ¿Qué podría esperarse de un ser engendrado por semejantes padres? ¡Mi hija tendrá un padre y una madre absolutamente perfectos! ¡Los genes que formen su cuerpo y su espíritu procederán de una mujer y un hombre extraordinarios, fuertes, inteligentes, limpios! La madre, por supuesto, seré yo, ¡yo! Yo formaré a mi hija con mi cuerpo, quiero empezar a educarla mientras todavía está dentro de mí, quiero sentirme unida a ella desde el comienzo de su vida, que nuestra sangre sea común y riegue al mismo tiempo sus tejidos y los míos, que sus huesos se formen con mi calcio y su cerebro con mi fósforo, quiero sentirla

cuando palpite y cuando se mueva, porque después de echarla al mundo seguiremos estando tan unidas, que sentiré igualmente toda su vida, cada aliento suyo me dará en la cara y cada mirada suya me dará en los ojos, porque sólo me mirará a mí y a donde yo le mande que mire.

DON QUINTO: ¡Aurorita, me conmueve usted! ¡El sagrado instinto materno, amasado de amor!

AURORA: ¡Ah, si pudiera tenerla yo sola! ¡Qué hermoso sería que yo la formase con sólo mi cuerpo y mi voluntad, por doloroso que fuera! ¿Por qué tendrá que venir un macho sucio a babosearme encima y a destrozarme...? ¡Guarro, asqueroso...! ¡A profanar lo más íntimo y lo más frágil que tengo, lo que nunca me ha visto nadie, casi ni yo misma...! ¡A herirme y a humillarme de esa manera insultante! ¿Por qué? Siento que eso va a ser como... como romperme, como matarme..., como ensuciarme para siempre todo el cuerpo por fuera y por dentro, como si me ensuciasen el pensamiento y las entrañas... Una suciedad que no podré ya quitarme aunque vomite y vomité todo el resto de mi vida... ¡Cerdos! ¡Los hombres son todos unos cerdos! ¡Sólo piensan en destrozarnos! ¡Las destrozan como... como animales...! ¡Como sucios y groseros animales!

DON QUINTO: ¡Aurorita! ¡Aurorita, no llore usted así! ¡No llore usted así, que me destroza!, ¡que me parte el corazón! ¡No llore, no llore, que no lo puedo soportar!

AURORA: ¡A...nemales! ¡Ani...males...!

DON QUINTO: Por favor, tranquilícese, ¡qué horror! ¡Niña mía, pequeña mía! ¡Qué miedo tiene, la pobrecita! ¡Vamos, vamos, hay que ser más valiente! ¡No hay que tener miedo, eso no es como usted lo piensa! Es..., ¿cómo le diría...? Es un juego... ¡Un juego inocente, presidido por el amor! ¿A que resulta bonito? ¡Un juego inocente, presidido por el...!

AURORA: ¡No, no, no, nada de amor! ¡Nada de amor! ¡Ni la menor presencia de ese sentimiento repugnante que nos empareja con las bestias!

DON QUINTO: Pero ¿qué dice? ¡El amor es un sentimiento sublime, criatura! ¡El misterio de la reproducción fue depositado en él por la Madre Naturaleza...!

AURORA (*histérica*): ¡La Naturaleza no es ninguna madre! ¡Hay que corregir a la Naturaleza!

DON QUINTO: ¡Bueno, bueno, bueno, no he dicho nada! ¡Tranquilícese!

AURORA: Los padres engendran a sus hijos involuntariamente, sin pensar en ellos para nada, los muy guarros. ¡Sólo piensan en ellos mismos y en sus porquerías! ¡Y eso es el sublime amor! Naturalmente, los hijos nacen inclinados a las mismas gorrinadas, puesto que así fueron hechos. ¡Ése no va a ser el caso de Hildegart, se lo puedo asegurar! ¡Hildegart será engendrada pensando en Hildegart! Si ella es el motivo y el fin del acto carnal, ella es quien lo debe presidir. Así que nada de pensar en cuánto te quiero, ni en qué guapa estás, ni en guarrerías de esas. El hombre que me ayude y yo tenemos que estar pensando en que damos vida a una criatura de excepción, a la redentora que romperá las cadenas que aprisionan a la mujer. ¡Eso tendrá que estar clarísimo!

DON QUINTO: ¡Ay, Aurorita! Eso va a ser difícil para el hombre, teniendo en cuenta lo guapa que es usted.

AURORA: Por favor, no diga ordinarièces. ¿Es que se imagina que voy a escoger para que sea el padre de mi hija a un hombre vulgar? ¿No le he dicho ya que el factor biológico de la herencia es importantísimo? ¿No piensa en la eugenesia? ¡El hombre que colabore conmigo en la creación de Hildegart ha de ser un fuera de serie! Quiero decir, un hombre lo más perfecto posible, sano de cuerpo y de espíritu, inteligente, instruido, enérgico, y sobre todo de un gran rigor ético; ¡no hay tarea que más fácilmente degenera en los hijos que el vicio de los padres!

DON QUINITO: Tiene usted toda la razón. Es un dolor ver a esos pobres hijos que desde la infancia arrastran el ignominioso estigma legado por unos padres libertinos. ¡Una vergüenza social!

AURORA: Es increíble, don Joaquinito, la coincidencia de criterios que se da entre usted y yo.

DON QUINITO: ¡Almas gemelas!

AURORA: La búsqueda del hombre que merezca ser el padre de Hildegart es ahora mi calvario y mi odisea, ya ve usted. Hay que indagar con discreción, como al azar, para encontrar al que tenga las condiciones necesarias ¡Y son tan pocos los que las reúnen! ¡Quizá uno de cada mil, tal vez ni eso! Es angustioso, se lo juro. Otra, en mi lugar, ya hubiera abandonado. Y, además, tenga en cuenta que yo no estoy acostumbrada a hablar con hombres, me dan... no es que me den miedo, eso no, por supuesto, pero me intranquilizan, no sé... Entre sus amigos, ¿no habría alguno que fuese de fiar, serio, en fin...?

DON QUINITO: Yo no tengo amigos, querida niña, soy un filósofo solitario... ¡Y además, usted, como que no quiere la cosa, pide auténticas monstruosidades! ¿Cómo voy a tener corazón para decir a un amigo "ven y acuéstate con la mujer que me enloquece y que no me deja ni besarle la mano"? ¿Usted se da cuenta de lo que me está pidiendo? Yo no la entiendo, Aurorita: ¿cómo puede tener esos ideales humanitarios, y al mismo tiempo tratarme con tanta incompreensión y tanta crueldad?

AURORA: ¿Yo, crueldad? Don Quinito, explíquese. ¿Qué quiere usted decir?

DON QUINITO: ¿Que qué quiero decir? Quiero decir que usted me ha fascinado, que me ha vuelto loco, que me voy a morir, que me voy a pegar un tiro...

AURORA: No, no, no, no. Así, no. Así, de ninguna manera.

DON QUINITO: ¡Usted me está matando! ¡Me voy a saltar los sesos y será usted la que apretará el gatillo!

AURORA: ¡Repito que así, no! ¡Le exijo compostura y sensatez! Señor Baltasar, seamos formales. Yo le he hablado con toda sinceridad de mi hija Hildegart y de mis planes respecto de ella. Si tiene usted algo que añadir... o algo que ofrecer... sepa que le escucho con atención y con interés. Sólo le pido que... dada la delicadeza del tema, prescinda de todo lenguaje apasionado y me hable con tacto y con respeto. ¿Es mucho pedir? ¡Respeto!

DON QUINITO: ¡A sus órdenes, Aurorita! Digo, doña Aurora.

AURORA: Bien, adelante. Vamos, don Joaquinito, que me tiene en ascuas.

DON QUINITO: Yo... quiero decirle que... en fin, que aquí estoy para lo que haga falta.

AURORA: ¡Don Quinito!

DON QUINITO: No es por alabarme, pero al fin y al cabo... uno tiene sus cualidades. O al menos, sin falsa modestia, yo creo tenerlas.

AURORA: Claro que las tiene, pues faltaría más.

DON QUINITO: Yo soy un socialista científico y, al mismo tiempo, un filósofo nietzscheano y hombre de bien... Soy un marino acostumbrado a la inmensidad del océano, y han forjado mi carácter las tormentas y aquilones... Tengo una inteligencia que no se ve todos los días, una instrucción enciclopédica, soy también un hombre de austeras costumbres y moral rígida, un esclavo del deber... Desde luego, soy valiente, como todos los hijos de la mar... Y tocante a la faceta física del cuerpo, pues a la vista está: soy robusto y saludable, como de todo magníficamente y hago mis necesidades también sin problemas, no me duele nada ni tengo tachas de ningún tipo, ni lunares, ni verrugas... Estoy ágil de mis miembros, conservo todos los dientes y muelas, no me fatigo ni toso... En fin, no sé qué más decir...

AURORA: ¿Bebe usted?

DON QUINITO: Un vasito de vino en las comidas, nada más... ¡Y si hace falta, se suprime!

AURORA: ¿Fuma usted?

DON QUINITO: ¿Fumar?... Bueno, allá de uvas a peras...

AURORA: O sea, que fuma. ¿Va usted a los burdeles?

DON QUINITO: ¡Qué disparate! ¿A mí qué se me ha perdido en los burdeles? Lo único que se hace en esos sitios, es coger enfermedades. ¡Enfermedades vergonzosas!

AURORA: Mi querido amigo, una última pregunta: ¿quiere ser usted el padre de Hildegart?

DON QUINITO: ¡Sí! ¡Sí quiero!

AURORA: Tiene que tener muy claro que nunca verá a su hija, ni tendrá el menor derecho sobre ella. Usted y yo nos reuniremos aquí los jueves a esta hora, hasta que me quede embarazada. En cuanto eso ocurra, dejaré de venir sin más aviso y no volveremos a vernos. Para mí estará usted muerto, y para usted lo estaré yo.

DON QUINITO: Al menos, me mandará una postal...

AURORA: ¡Nooo! ¡No! ¡Quiero su palabra! ¡Su palabra de honor de que no hará la menor indagación sobre mí o sobre la niña! ¡Inmediatamente!

DON QUINITO: ¡Lo juro! ¡Lo juro por mi honor! ¡Puede estar tranquila, Aurorita! ¡La garantiza el honor de la Marina!

AURORA: Bien, bien. En ese caso, me parece que no queda nada que decir...

DON QUINITO: Pues, por mí, cuando quiera. ¡Estoy a sus órdenes!

AURORA: Yo creo que, cuanto antes, mejor.

DON QUINITO: ¿Ahora mismo?

AURORA: ...Ahora mismo, de acuerdo.

DON QUINITO: ¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! Que haya escogido usted a este filósofo cuarentón en lugar de un pisaverde veinteañero... ¡Gracias, Federico!

AURORA: No, a Federico Nietzsche no le dé usted las gracias, déselas al Seminario de Lugo...

DON QUINITO: Perdóneme, no la entiendo...

AURORA: Sí me entiende. Yo no le he escogido a usted por ninguna de las cualidades que ha dicho, sino por otra que se ha callado. Usted es sacerdote. Un sacerdote católico. Por favor, no lo niegue.

DON QUINITO: No, si no lo niego, pero estoy confundido... ¿Cómo lo ha sabido?

AURORA: ¡Si usted mismo me ha traído a una sacristía! De todos modos, ya lo había averiguado hace días. Creo que su profesión le obligará a ser discreto y a no mezclarse en la vida de la niña.

DON QUINITO: Aurorita, yo no he mentado... Es verdad que soy sacerdote, pero también es verdad que soy marino...

AURORA: Lo sé, no se preocupe, lo sé perfectamente.

DON QUINITO: Bueno, pues... ¿dónde le parece que lo hagamos? Le advierto que el suelo es un sitio perfecto...

AURORA: Muy bien, pues en el suelo. Pero antes, le quisiera pedir un favor.

DON QUINITO: Concedido de antemano.

AURORA: ¿No le importaría hacerme lo que me tiene que hacer, revestido con los ornamentos litúrgicos?

DON QUINITO: ¡Aurorita, qué petición tan insólita! Voy a estar incómodo...

AURORA: ¡Al menos, la casulla! ¡La casulla sí, por favor! Compréndalo, me lo haría más fácil. Así tendrá usted un aspecto menos salvaje, más ritual...

DON QUINITO: Sí, claro, más ritual, desde luego... En fin, me pondré una casulla, si eso la hace feliz... (*Mientras mira en un armario o en una cómoda:*) Supongo que el color dará lo mismo, ¿no?

AURORA: Sí, eso es igual, gracias...

DON QUINITO (*poniéndose una*): Bueno, pues ésta puede servir. ¿Qué le parece?

AURORA: Me parece magnífico, don Quinito. Es como estar con una imagen santa...

DON QUINITO: Pero, cariño, con estos bordados tan gordos te voy a arañar la tripa y las tetas...

AURORA: No lo creo, puesto que yo no voy a estar desnuda...

DON QUINITO: ¿Cómo que no? Pero, tontuela, ¿cómo crees tú que se hacen los hijos?

AURORA: Usted me lo dirá, que parece entendido en la materia.

DON QUINITO (*quitándose la chaqueta del uniforme por dentro de la casulla, con gran facilidad, y tirándola por la abertura lateral de ornamento*): ¿Entendido? ¡Y maestro! ¡Un águila soy yo para este oficio de semental, niña! ¡Un águila!

AURORA (*que le mira, estupefacta, manipular bajo la casulla para quitarse corbata y camisa*): Pero, oiga, ¿qué hace?

DON QUINITO: Me estoy desnudando, guapa, ¿es que no lo ves? (*Tira camisa y corbata.*) ¡Así de fácil! (*Manipula con los pantalones.*) ¿Y tú, qué esperas? ¡Vamos, chata! ¡Fuera ropa, que te fecundo!

AURORA: ¿Pero qué dice usted? ¿Se da cuenta de cómo me habla?

DON QUINITO: ¿Cómo te hablo?

AURORA: Sin ningún respeto y sin ninguna vergüenza.

DON QUINITO: Será por la casulla. (*Se ha sacado los zapatos, y tira los pantalones.*)

Ya no me quedan más que los calzoncillos y los calcetines. Puede que los calcetines me los deje puestos, por consideración a tus escrúpulos. (*El mismo juego, y echa fuera los calzoncillos ostentosamente.*) Bueno, Aurorita, ¿te desnudas tú, o te desnudo yo?

AURORA: Ni lo uno ni lo otro. Yo no me desnudo. Me consta que se puede hacer perfectamente estando vestida. Se sube una un poco la falda, y ya está. Eso es lo que haré.

DON QUINITO: Pues te advierto que, con tanta ropa por medio, voy a estar tendido encima de tu cuerpo como si estuviera encima de un saco de centeno.

AURORA: Y yo le advierto a (*con énfasis*) ¡usted! que no se moleste en insistir, que no voy a desnudarme para proporcionarle a ¡usted! placeres complementarios. (*Tumbándose en el suelo.*) Cuando quiera.

DON QUINITO (*ligeramente cohibido*): ¡Qué barbaridad, es usted imposible! ¡Qué irracional obcecación!

AURORA: Estoy esperando a que empiece, si es que es para hoy.

DON QUINITO (*vuelve a la confianza*): ¡Mírala, qué decidida! ¿Eso son prisas, o son nervios? Porque resulta que no te has quitado las bragas, bonita. Deja, no te muevas, yo te las quito.

AURORA: ¡Deje! ¡Estése quieto, no manosee! ¿Es que no ve que no las tengo, imbécil?

DON QUINITO: ¿Que no las tienes? Pero, ¿y eso, cómo es?

AURORA: ¿A qué se cree que he venido aquí con usted? ¡Vamos, que es para hoy!

DON QUINITO: ¡Ay! ¡Ay, qué niña ésta! ¡Conque ya sabía todo lo que iba a pasar! ¡Ven aquí tú, preciosa, talentazo! ¡Voy a sembrarte en el cuerpo el Jardín de la Ciencia con toda su vegetación! ¡Quieta así, Aurorita, cariño, quietecita así, muy bien...!

AURORA: ¡Tenga cuidado, por favor! ¡Tenga cuidado!

DON QUINITO: ¡Tú abrázame, abrázame...! ¡Ay, qué hermosa estás! ¡Ábrete más, todo lo que puedas! ¡Ahí, así, quieta...!

AURORA: ¡Aaaaay...! ¡Me hace daño! ¡Me está haciendo daño! ¡Ay! ¡Esto es una brutalidad, una salvajada!

DON QUINITO: ¡Yyyah! ¡Ya está, ya! ¡Aaaah! ¡Ya estoy dentro, negra! ¡Ya te tengo ensartada, putilla! ¡A trabajar! ¡Ahííí! ¡Ahííí!

AURORA: ¡Hildegart! ¡Hildegart, hija mía! ¡Mira a tu madre! ¡Mira a tu pobre madre...!

DON QUINITO (*entre jadeos*): ¡Pero qué estás diciendo! ¡Traga, traga, traga!

AURORA (*entre náuseas*): ¡Hija, hija mía! ¡Hildegart! ¡Mira lo que le hacen a tu madre! ¡Mira lo que le hacen!

Se ilumina poco a poco una especie de plataforma elevada al fondo del espacio escénico, en la que hay una joven alta, de larga melena rubia, con una armadura dorada, un casco con alas, una enorme espada colgada verticalmente en medio de la cintura, un gran escudo en el brazo izquierdo y una bandera roja en la mano derecha, con el símbolo del gameto femenino bordado en ella. La iluminación de la figura va aumentando progresivamente hasta ser deslumbradora al término de la escena.

AURORA: ¡Qué asco insufrible! ¡Qué vergüenza nauseabunda! ¡Mírame, Hildegart! ¡Así se envilece tu madre, para hacer que tú vivas! ¡Para hacer que tú brilles!

DON QUINITO: ¡Aah! ¡Aaah! ¡Aaaaah! ¡Ah...!

AURORA: ¡Ah! ¡Aaay! ¡Hildegart, Hildegart, no me traiciones nunca! ¡Tienes que brillar! ¡Tienes que ser como yo te quiero! ¡Que tu luz limpie toda esta inmundicia! ¡Hildegart, brilla! ¡Brilla más! ¡Deslúmbrales a todos! ¡Que nadie pueda ver así a tu madre ni a ninguna otra! ¡Ciégalos! ¡Ciégalos! ¡Ciégalos!

Se han ido encendiendo junto a HILDEGART varios focos muy potentes dirigidos frontalmente hacia el público. La luminosidad es tan fuerte que impide ver el espacio escénico. Repentinamente, se hace el oscuro total.

ACTO II

El dormitorio de HILDEGART y AURORA parece cualquier cosa menos un dormitorio. Multitud de banderas rojas, plegadas o desplegadas, cubren todo el fondo. Un esqueleto cuelga en un rincón. AURORA RODRÍGUEZ se halla sola en escena, en primer término, apuntando al público con una pistola. Poco a poco, va levantando el arma. Dispara. Se oye dentro la voz de HILDEGART, que aparecerá enseguida.

HILDEGART: ¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? ¡Mamá! (Entra, apartando banderas. Es la misma joven que apareció sobre la plataforma al final del primer acto, aunque con otra indumentaria.) ¿Se puede saber qué estás haciendo? (AURORA se gira lentamente, al tiempo que alza el arma y apunta a HILDEGART) Pero, ¿qué tienes ahí? ¿Una pistola? ¡Eh, no gastes esas bromas! ¡No me apuntes, haz el favor! ¡No seas chiquilla, puede haber un accidente!

AURORA: Hildegart, nunca has dependido tanto de mí como en este momento. Con apretar un poquito el dedo, te puedo mandar a la nada absoluta, a lo que eras antes de acostarme con tu padre. Aprieto el dedo, y ya está.

HILDEGART: ¡No tiene ninguna gracia!

AURORA: ¡Estás temblando, Hilde!

HILDEGART: ¡No juegues con ese cacharro!

AURORA: ¡Qué sensación de poder! Me siento grande, ¿sabes? Mucho más grande que tú.

HILDEGART: Está bien, como quieras. ¿De dónde has sacado eso?

AURORA: ¿Quieres hacerme el favor de estarte quieta? Me estás poniendo nerviosa. ¡Quieta ahí! Así, quietecita.

HILDEGART: ¿La has comprado tú, o es un regalo de un admirador?

AURORA: Yo no tengo admiradores, Hilde. A mí no me admira nadie.

HILDEGART: ¿Yo no soy nadie?

AURORA: ¿Dónde prefieres el balazo? ¿En la frente, o en la nariz? O en la boca, que rompa los dientes antes de llegar a la nuca...

HILDEGART: ¡Ya está bien! ¡Ya está bien!

AURORA: ¡Silencio! Ven aquí, acércate. Dame un beso, despacio. En los labios.

HILDEGART: ¿Y ahora, qué?

AURORA: Ahora, nada. Que tienes que ser menos cobarde. Yo necesito una hija valiente, no una gallina.

HILDEGART: Necesitas tu famosa valquiria.

AURORA: ¿Te has tomado la leche?

HILDEGART: Sí.

AURORA: ¿Y el reconstituyente?

HILDEGART: ¡Sí!

AURORA: ¡No estoy sorda! Tienes que aprender a cuidarte, estás demasiado flaca.

HILDEGART: ¡No estoy flaca!

AURORA: Entonces, de acuerdo. Si el mes que viene no estás mejor, iremos otra vez al médico.

HILDEGART: Siempre adelgazo en tiempo de exámenes.

AURORA: Oye, ¿tú me has visto a mí cara de tonta?

HILDEGART: ¿A qué viene eso?

AURORA: A que este año, los exámenes te dan lo mismo. ¿Me equivoco, o no?

HILDEGART: Tú sabrás por qué lo dices.

AURORA: ¿Me equivoco, o no?

HILDEGART: ¡Oye, no te pongas tan farruca! Acabé Derecho el año pasado, y quedamos en que Medicina era un pasatiempo. ¡A ver si ahora me vas a pedir cuentas también por el pasatiempo!

AURORA (*apuntando de nuevo*): Yo te pido cuentas por lo que quiero.

HILDEGART: ¿Otra vez el jueguecito?

AURORA: No te gusta, ¿verdad?

HILDEGART: Déjame a mí la pistola, a ver si le veo la gracia.

AURORA: No, no, no. Cada una en su papel.

HILDEGART: Tú de verdugo, y yo de víctima.

AURORA: ¿Lo prefieres al revés?

HILDEGART: ¡Sí!

AURORA: Lo siento, no hay opción.

HILDEGART: Entonces, me voy. Quédate con tu juguete.

AURORA: ¿Y quién hace el otro papel?

HILDEGART: Puedes hacer tú los dos.

AURORA: ¿Me estás invitando al suicidio?

HILDEGART: A lo mejor es una salida.

AURORA: ¿Y a ti quién te dice que yo quiero salir?

HILDEGART: Pues pega tiros por el balcón, como hacías antes. Yo me largo.

AURORA: Espera, mujer, no me dejes sola.

HILDEGART: Es que no tengo ganas de tus jueguecitos.

AURORA: Soy más joven que tú, aunque tú tengas dieciocho años y yo cuarenta.

HILDEGART: ¡Cuarenta y dos!

AURORA: ¡Cuarenta, mocosa! ¿Me vas a enseñar tú los años que tengo?

HILDEGART: ¿Es que no naciste en el noventa?

AURORA: ¡Pero qué tonta eres, hija de mi vida!

HILDEGART: ¡Como tú quieras! Oye, yo estaba estudiando en el comedor...

AURORA: ¿De verdad, estabas estudiando? ¿No estabas escribiendo... cartitas?

HILDEGART: ¡No digas estupideces!

AURORA: A tus novios del partido federal...

HILDEGART: ¡Por favor, mamá! ¡Qué obsesión, siempre lo mismo!

AURORA: Bueno, bueno, no me hagas caso. Tú no me hagas caso. Espera, que quiero que te pruebes. Voy a poner el seguro a este chisme, y lo guardo.

HILDEGART: ¿Desde cuando tienes tú una pistola, si puede saberse?

AURORA: Desde hace cosa de tres meses. La compré para defenderte.

HILDEGART: ¿Para defenderte? ¿De quién?

AURORA: ¿Cómo que de quién? ¡Pues de tus enemigos!

HILDEGART: ¡Mi ángel de la guarda!

AURORA: Tu guardaespaldas, modestamente.

HILDEGART: Como un gángster de Chicago, con mi pistolero detrás.

AURORA: Yo siempre detrás, para no darte sombra...

HILDEGART: Con la pistola en el bolso, y mirando de reojo si alguien dice un piropo a tu valquiria, para saltarle los sesos...

AURORA: No soy ningún troglodita, guapa.

HILDEGART: O sea, que puedo tener novio.

AURORA: Ni lo pienses. Eso ya está hablado, discutido y resuelto.

HILDEGART: Resuelto por ti, antes de que yo naciera.

AURORA: Exacto. *(Ha guardado la pistola entre las banderas o de alguna otra forma y ha sacado una toga de abogado, que sostiene ofreciendo las mangas a HILDEGART.)*

Venga, coquetuela, pruébate esto, que quiero ver cómo te sienta.

HILDEGART: ¡Hombre, la famosa toga!

AURORA: ¿Te acuerdas de ella?

HILDEGART: ¡La ilusión de tu vida! ¡No pudiste esperar ni un día!

AURORA: Tenías que acabar la carrera a los dieciséis años, y la acabaste a los diecisiete, pero de todos modos, te regalé la toga.

HILDEGART: Te la regalaste tú, déjate de historias. Sabías que no tenía edad para ejercer y se iba a quedar raquítica sin llegar al estreno.

AURORA: Justo lo que quiero ver ahora. Así, estate quieta. No puede ser.

HILDEGART: ¿Qué es lo que no puede ser?

AURORA: Que te está perfecta. O sea, que tú estás igual que hace un año. ¡No has crecido nada, Hildegart!

HILDEGART: ¿Y eso es una catástrofe?

AURORA: ¡La misma estatura que hace un año!

HILDEGART: ¡De todas maneras, soy más alta que tú!

AURORA: ¡Eso ya lo sé, tengo ojos en la cara!

HILDEGART: Entonces, tú dirás de qué te quejas.

AURORA: Me quejo de que estás en edad de crecer y no creces. Me quejo de que no llegas donde podrías llegar. De eso me quejo.

HILDEGART: Pero soy más alta que tú, ¿sí, o no?

AURORA: No es conmigo con quién te tienes que medir, ¡estúpida!, sino contigo misma. Sólo piensas en revolvete para humillarme a mí, cuando sabes de

sobra que tu misión es llegar donde por falta de medios yo no he llegado ni llegaré nunca. Te estoy preparando precisamente para eso.

HILDEGART: Está bien, perdona.

AURORA: Sí, con eso lo arreglas todo. Te estás volviendo tú muy rebelde, y así no vamos a ninguna parte. ¿Quién te va a guiar mejor que tu madre? ¿Sabes de alguien que te quiera más que yo? A ver, dime uno. Sólo uno.

HILDEGART: También yo a ti te quiero más que a nadie.

AURORA: Ni una sola persona te quiere más que yo, ni una. Ya ves si puedes confiar en mí. Tienes que confiarte hasta la total ceguera, dejarte llevar de mi mano como si yo fuera tu lazarillo... ¡Tu propia madre será tu lazarillo, Hilde! ¿Qué más puedes pedir?

HILDEGART: Pero, mamá, ¿qué necesidad tengo yo de estar ciega?

AURORA: ¿Es que no quieres que mis ojos vean para ti? ¿No te gusta?

HILDEGART: ¡Es que tengo los míos!

AURORA: No te fíes de ellos, porque te engañan. Con toda seguridad, te engañan. Hace falta experiencia para corregir las perspectivas, Hildegart. Forzosamente tendrás que fiarte de alguien, por eso te pregunto si conoces a quien que te quiera más que yo.

HILDEGART: ¿Qué te parece si guardamos la toga hasta el año que viene, a ver si para entonces se queda chica?

AURORA: Espera, quédate otro poco con ella, que me gusta vértela puesta.

HILDEGART: Hay que ver, lo que te gustan los trajes de ceremonia.

AURORA: ¡Chusst! ¡Niña, no saques a relucir gorrinadas!

HILDEGART: ¡Conste que lo he dicho con toda inocencia!

AURORA: Le dejó la modista unos buenos dobladillos, para que fuera crecedera.

HILDEGART: Y resulta que la que no es crecedera soy yo.

AURORA: Es igual, no te preocupes. De todos modos, eres más alta que yo.

HILDEGART: ¿Ahora salimos con ésas?

AURORA: ¿Te gusta, o no te gusta que te lo diga?

HILDEGART: ¿Es que me vas a halagar en plan demagógico?

AURORA: De vez en cuando, conviene acariciarte un poco el pescuezo.

HILDEGART: En una mano el palo, y en la otra la zanahoria.

AURORA: Exacto, borriquita. No eres tonta del todo.

HILDEGART: ¡Qué alto honor!

AURORA: Pero no te hagas ilusiones, que tampoco eres ningún Séneca. Si no fuera por mí...

HILDEGART: Si no fuera por ti, estaría en un burdel.

AURORA: ¡Pues no me extrañaría!

HILDEGART: ¡Estaría en un burdel, con las piernas en alto!

AURORA: No te revuelques, no te ensucies.

HILDEGART: ¡Una heroína del Caballero Audaz!

AURORA: Y los hombres guarros se acostarían encima de ti, apretándote como animales...

HILDEGART: ¡Aplastando mis encantos!

AURORA: ¡Y te harían daño aquí! ¡Un daño terrible! ¡Aquí, aquí!

HILDEGART (riendo): ¡Ay! ¡Ay, estáte quieta!

AURORA: Hilde, en serio. ¿A ti te hubiera gustado estar en un burdel? Sé sincera.

HILDEGART: ¿De verdad me estás haciendo esa pregunta en serio?

AURORA: Completamente.

HILDEGART: Yo no te entiendo, Aurora. Lo siento mucho.

AURORA: ¡Me duele la boca de decirte que no me llames Aurora! ¿Qué tengo que hacer para que me obedezcas?

HILDEGART: Ponme el culo morado con la zapatilla. Lo has hecho hasta bien poco.

AURORA: Más derecha ibas entonces que ahora. Lo tuyo es el jarabe de palo.

HILDEGART: Y lo tuyo, administrarlo.

AURORA: Te he zurrado la badana muchas veces, y no me arrepiento. Gracias a eso, has hecho algo.

HILDEGART: ¡Al menos reconoces que he hecho algo!

AURORA: Y muchas bofetadas te tendré que dar todavía, si quiero que sigas adelante.

HILDEGART: ¿A ti no te da vergüenza decir eso?

AURORA: ¿Y a ti no te da vergüenza que te lo tenga que decir?

HILDEGART: Pero, ¿de qué te quejas? ¿Me lo quieres explicar? ¡Porque es que yo no lo sé! ¡No lo sé!

AURORA: ¡Se necesita frescura!

HILDEGART: ¿He hecho algo, ¡en toda mi vida!, que no sea trabajar como una burra? ¿Tú me viste jugar algún día cuando era niña? ¿A que no? ¡No aprendí ni a saltar a la comba, que se dice pronto!

AURORA: Pero, desgraciada, ¿tú crees que te he traído al mundo para que saltes a la comba?

HILDEGART: Me acuerdo de un día en que estudiaba en el comedor... Tendría diez u once años y era la hora de la siesta. Estaba la ventana abierta y la persiana bajada y debía de ser el mes de Mayo, porque entraba un olor tremendo de flor de acacia, que casi mareaba... Se oían las voces de las niñas, que cantaban a coro jugando en la calle, y yo sentí una envidia tan grande que creí que me moría. Nunca había jugado con ellas, pero las había oído antes y me sabía sus canciones de memoria. En aquel momento, me pareció que aquellas niñas estaban en el paraíso, que aquello era la felicidad absoluta, y no pude resistir. Fui a pedirte permiso para salir con ellas. Tú estabas sentada en la mecedora, y te lo dije. ¿Te acuerdas de lo que pasó?

AURORA: No me acuerdo absolutamente de nada.

HILDEGART: Sin despegar los labios, me diste una bofetada que casi me tiras. Me volví a la mesa sin decir nada, y me sentía más sola que una muerta, mientras secaba con la mano las lágrimas que caían en las hojas del libro.

AURORA: ¿Te das cuenta de que estás en pleno delirio de autocompasión?

HILDEGART: ¡Estoy en plenas narices!

AURORA: ¡No me grites! Tú tenías un programa que cumplir, y no podías perder el tiempo jugando como una estúpida. Cada momento de tu vida es precioso y no se puede emplear en tonterías, me saca de quicio tenértelo que repetir.

HILDEGART: ¿Y, entonces, por qué lo repites?

AURORA: ¡Porque no tienes ni dos dedos de frente! ¡Ni dos dedos!

HILDEGART: En cambio, tú eres muy lista.

AURORA: Infinitamente más que tú.

HILDEGART: Pues si no estás satisfecha de mí, lo siento mucho. Yo sí lo estoy.

AURORA: Sólo los gandules y los tontos están satisfechos de sí mismos.

HILDEGART: Pues dime cual de esas dos cosas eres tú, porque...

AURORA: ¡Yo no estaré en ese caso mientras tú seas lo que eres y valgas lo que vales! Tú eres un trozo mío, ¡una parte mía! Para estar satisfecha de mí, tendría que estar satisfecha de ti, y no lo estoy.

HILDEGART: ¿Y se puede saber por qué? Porque aquel famoso programa de las etapas de mi educación que me tenías preparado antes de que yo naciera, te lo estoy cumpliendo a rajatabla, ¿o no?

AURORA: ¿A rajatabla? ¿Dices a rajatabla? ¡Ay, mírala qué optimista! ¡Así da gusto!

HILDEGART: ¿No hablaba cuatro idiomas a los diez años? ¿No acabé el bachillerato a los trece? ¿Sí, o no? ¡Contesta!

AURORA: ¿Y qué más?

HILDEGART: ¿Es verdad eso, o no es verdad?

AURORA: Es verdad, lo sé mejor que tú. ¿Y qué más?

HILDEGART: Acabé la carrera de Derecho, ¿no?

AURORA: ¿Cuándo la acabaste? A los diecisiete años. ¿Y cuándo la tenías que acabar? ¡A los dieciséis! ¡O sea, que el programa se fué a la mierda!

HILDEGART: ¡La acabé cuando los mejores estudiantes están pensando en empezarla!

AURORA: ¡Un año después del plazo!

HILDEGART: ¿Y qué? ¡De todos modos no puedo ejercer, me falta edad!

AURORA: ¿Se fué el programa a la mierda, sí o no?

HILDEGART: ¡Claro que no!

AURORA: Eres igual que una mula. No sé cómo no te aplasto.

HILDEGART: ¿Es que tú no ves el trabajo que hago desde hace cuatro años? ¿Eso no cuenta?

AURORA: ¡Ese trabajo estaba perfectamente previsto!

HILDEGART: ¡Eh, cuidado! ¡Cuidado! ¿Qué es lo que estaba previsto?

AURORA: ¡Todo! ¡Las conferencias, los artículos, los libros! ¡Perfectamente previsto, y tú lo sabes!

HILDEGART: ¡Previsto a título de aprendizaje! ¡Unos cuantos artículos, para ir aprendiendo!

AURORA: ¡Eso no es verdad!

HILDEGART: ¡Algunas conferencias, para ir soltándome!

AURORA: ¡Estás mintiendo, Hildegart!

HILDEGART: ¡No, señora, no miento! ¡Eso fué lo que tú me dijiste! ¡Exactamente eso!

AURORA: ¡Para que no te asustaras, pedazo de inútil! ¡Siempre he tenido que hablarte con tacto de tus obligaciones, para que el mundo no se te cayera encima! ¡Pero luego llega la hora de rendir, naturalmente!

HILDEGART: O sea, que la que mintió eres tú. Que quede claro.

AURORA: ¡No te consiento que me hables así!

HILDEGART: Tú dices que soy una inútil, pero empecé a escribir artículos recién cumplidos los catorce años, y llevo publicados más de doscientos, ¡más de doscientos!

AURORA: ¿Tengo que felicitarte?

HILDEGART: ¿Y las conferencias? ¿Cuántas habré dado desde entonces, en Madrid y en todas partes? ¿Cuántas giras por todo el país, para hablar en un sitio y en otro? ¿Ya no te acuerdas de cuando calculaste que soy uno de los diez conferenciantes más solicitados de España?

AURORA: ¿Pero qué es lo que quieres, Hilde? ¿Impresionarme? ¿Me quieres impresionar?

HILDEGART: ¡Y me han editado seis libros!

AURORA: ¡Vete a la mierda con tus libros! ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Tus libros y tus conferencias! ¿Crees que me das envidia? ¡Contesta! ¡Pues no te tengo envidia ninguna! ¡Ninguna! ¡Porque todo eso lo he hecho yo, que valgo más que tú! ¡Yo! ¡Tus libros, los he escrito yo! ¡Y son mías también tus conferencias! ¡Y tus artículos! ¡Todo lo que tú haces lo hago yo! ¡Nadie más que yo! ¡Yo sola! ¡Porque yo sola decidí hacerte a ti para que hicieras mi trabajo! ¡Tú eres mi brazo y yo tu cabeza! ¡La cabeza es la autora de las obras del brazo! ¡Y la cabeza soy yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo soy la cabeza! ¡Yo!

HILDEGART: ¡Sí, mamá, basta! ¡Basta, por favor! ¡Cálmate! ¡De acuerdo, como quieras!

AURORA: ¡No me trates como a una imbécil! ¡Aparta, déjame! ¡Déjame, te digo!

HILDEGART: ¡Muy bien, allá tú! ¡Rómpete la cabeza, si es tu gusto!

AURORA: ¡Y no me vuelvas a dar la razón como a las locas! ¡No lo vuelvas a hacer!

HILDEGART: Yo no he hecho eso.

AURORA: Sí lo has hecho, y no es la primera vez. Mucho cuidadito. ¡Mucho cuidadito, que no te quito ojo! ¡Que últimamente, estás tú sacando mucho los pies de la alforja!

HILDEGART: ¡Vaya noche que tienes hoy, eh!

AURORA: Tú has empezado.

HILDEGART: ¡No está mal!

AURORA: Tú has empezado, como siempre. ¡Tú y tu descaro!

HILDEGART: ¿Te parece que lo dejemos ya?

AURORA: Te ha salido a ti mucho descaro, ¿sabes? Ahora, que eso yo te lo corrijo, ¡uh, que si te lo corrijo! ¡A bofetada limpia, ya lo verás! Te voy a poner más suave que un guante, ¿qué te apuestas?

HILDEGART: Y qué me voy a apostar, si te has pasado la vida pegándome. ¡Cualquiera diría que te gusta!

AURORA: Pues te voy a decir una cosa: ¡sí que me gusta! ¡Me gusta encender-te el pelo! ¿Qué dices?

HILDEGART: ¿Que qué digo? Digo que eres una... ¡Ay, si pudiera hablar!

AURORA: ¡Pero no puedes, Hilde! ¡No puedes! ¡Te tienes que morder la lengua!

HILDEGART: Hasta que reviente, y me salga todo...

AURORA: Ya te guardarás.

HILDEGART: Puede que las palizas ya no sean eficaces. Voy siendo mayorcita.

AURORA: No, no te preocupes, todavía estás muy bien.

HILDEGART: ¿Y no has pensado en algún otro método? Porque a lo mejor resulta que a mí, por las buenas, se me lleva por donde se quiere.

AURORA: A ti te tengo que llevar por donde me dé la gana, en cualquier caso. ¡Pues estaría bueno que te tuviera que convencer! ¿Has tenido tú que convencer alguna vez a tu mano para que haga alguna cosa?

HILDEGART: ¡Ya estamos otra vez con lo de siempre!

AURORA: ¡Tú eres mi mano, Hilde! ¡No lo olvides nunca!

HILDEGART: Es imposible que lo olvide, ya te encargas tú de recordármelo cada minuto. ¡Yo soy el brazo, y tú la cabeza! ¡Yo soy el ejército, y tú el general! ¡Yo soy tu barco, y tu máquina de guerra, y todo eso! ¡Cómo se me va a olvidar, si pareces un grillo! ¡Siempre repitiendo lo mismo! ¡Tu herramienta, tu herramienta!

AURORA: Oye, no te estarás quejando. ¿Es que vas a protestar?

HILDEGART: No, mamá, no protesto de nada, me parece.

AURORA: ¿Vas a quejarte de ejecutar una misión tan hermosísima?

HILDEGART: ¡No, mamá! ¡Me quejo de que lo repitas tanto! ¡No hace ninguna falta!

AURORA: ¡Cuántas quisieran estar en tu lugar! ¡Yo misma! ¿Crees que no me hubiera gustado ser yo mi propio instrumento?

HILDEGART: ¡No estoy discutiendo eso!

AURORA: ¿Qué discutes, entonces? Me has acusado de ser una tirana que no te dejaba jugar, en vez de agradecer la libertad que te doy para ciertos caprichos que sólo estorban tu trabajo.

HILDEGART: Ya sé por dónde vas, ya, ¡lo de siempre!

AURORA: Pues si lo sabes, no necesito más explicación.

HILDEGART: ¡Ya ves tú! ¡Y a mí me parece que ahí disimulas como una zorra!

AURORA: ¿Que yo disimulo? ¡Pero, criatura!

HILDEGART: Siempre quejándote de que yo haga política, y estoy segura de que te encanta.

AURORA: ¡Esto sí que está bueno! ¿Me encanta que pierdas el tiempo con esas bobaditas?

HILDEGART: De sobra sabes que no son bobaditas.

AURORA: ¡Ay, qué rica! ¿Pues qué son, entonces?

HILDEGART: He llegado a tener cierta influencia en el país, no digas que no te has dado cuenta.

AURORA: ¡Ay, qué chica más influyente! ¿Con tus politiqueos?

HILDEGART: Sí, con mis politiqueos, como tú dices.

AURORA: ¿Y qué influencia es ésa, bonita? Cuéntaselo a tu madre. Cuando te echaron a patadas del partido socialista, ¿fué por eso? ¡A lo mejor es que tenías demasiada influencia!

HILDEGART: Las dos sabemos perfectamente por qué ocurrió aquello.

AURORA: Ya lo creo, que lo sabemos. Aquello te ocurrió por tonta.

HILDEGART: ¡Aquello me ocurrió porque los critiqué sin contemplaciones!

AURORA: Desde dentro, esa fué tu tontería. Si hubieses pedido la baja y después los hubieses criticado, no les hubieras dado el gustazo de expulsarte del partido. No me lo recuerdes, que me pongo enferma.

HILDEGART: Y si no te gustaba mi militancia, ¿por qué te molesta que me echen?

AURORA: Porque va mucha diferencia de que te salgas tú, a que te pongan en la calle. ¿Quiénes son esos mequetrefes analfabetos de la Juventud Socialista para expulsar nada menos que a Hildegart? ¡A la redentora de la mujer, la echaron a la calle como si fuera cualquier cosa! ¿Pero qué se ha creído ese hato de estúpidos? ¡Me hierva la sangre, cada vez que lo pienso!

HILDEGART: Pues déjalo y no te sulfures, que eso ya es agua pasada.

AURORA: No, si no me sulfuro. ¡Pues sí que vale la pena, tomarse un disgusto por los partidos políticos! ¡No te digo! Los partidos son juguetes que están bien para que vayas aprendiendo a afilar las garras, pero luego los tendrás que dejar, naturalmente. Lo tuyo es la revolución, no el parlamento. El Palacio de las Cortes tiene que saltar por el aire, con sus dos ridículos leones machistas. Bien dinamitada, toda esa porquería. ¿Está claro lo que pienso?

HILDEGART: Está claro lo que dices, pero no sé si es eso lo que piensas.

AURORA: Oye, ¿tú te das cuenta de que me estás llamando embustera?

HILDEGART: Mentirosilla, nada más. Eso no es grave.

AURORA: Nunca soñé que te llegaría a consentir tanto. ¡Es increíble!

HILDEGART: ¡Estoy yo muy consentida!

AURORA: ¡Pero mucho!

HILDEGART: ¡Tu niña mimada!

AURORA: ¡Mi putita!

HILDEGART: ¡Aurora, que llegamos tarde!

AURORA: ¡No me llames Aurora, calamidad!

HILDEGART: Es que me gusta.

AURORA: Pues te aguantas.

HILDEGART: ¡Bueno! ¡Te digo que se está haciendo tarde!

AURORA: ¿Es que no nos van a esperar tus amigos federales?

HILDEGART: No son amigos, son señores respetables.

AURORA: ¿Y por eso, ya no nos esperan?

HILDEGART: No está bien que les hagamos esperar. Anda, arréglate, ponte esplendorosa.

HILDEGART ha sacado un vestido de entre las banderas, y se está mudando.

AURORA: Para tragar polvo en la verbena de San Antonio, no hace falta ponerse esplendorosa.

HILDEGART: Sí, por favor. Ponte guapísima, que quiero que le gustes a míster Wells.

AURORA: ¿Que yo tengo que gustar a ese viejo repugnante?

HILDEGART: En primer lugar no es tan viejo, tiene sesenta y siete años. Y, además, métete esto en la cabeza: Herbert George Wells es uno de los grandes hombres de nuestro tiempo. ¡Un escritor fenomenal y un gran pensador!

AURORA: ¡Y un gran caradura! ¡Porque se necesita tener un rostro de bronce para venir de turista y utilizar a mi hija Hildegart como intérprete, cicerone y chica de los recados!

HILDEGART: ¡Mamá, que se trata de Herbert George Wells!

AURORA: ¡Y tú eres Hildegart, la libertadora! ¡Tendría que estar él a tu servicio, no tú al suyo!

HILDEGART: Bueno, ya se arreglará eso. ¡Quítate ya tu increíble bata!

AURORA: No te gusta esta bata, porque es una prenda solemne. Es casi ritual.

HILDEGART: Pareces un fantasma negro. Vamos, date prisa.

AURORA: ¿Y el otro, quién es?

HILDEGART: A ése le conoces: Eduardo Barriobero.

AURORA: Ya, el capitoste federal. Pues tampoco es ningún niño, vaya papel que vamos a hacer con ellos en la verbena...

HILDEGART: A ver en qué quedamos, si me tienes prohibido relacionarme con jóvenes.

AURORA: Es que a los chiquilicuates no los soporto. Oye, ¿tú crees de verdad que Barriobero es inteligente?

HILDEGART: ¿Barriobero? ¡De las mejores cabezas de España!

AURORA: Entonces, ¿por qué pone unos títulos tan idiotas a sus novelas? ¡*El hombre desciende del caballo!* ¡*La verbena de San Trifón!* ¡*La yugoslava que me dió el retrato de su tío!* ¿Es serio eso?

HILDEGART: ¿Y por qué, en vez de criticar los títulos, no lees alguna?

AURORA: No pienso perder el tiempo leyendo novelitas. ¡Y tú también vas a dejar esas memeces!

HILDEGART: De acuerdo, pero vamos a darnos prisa, ¿quieres?

AURORA: Que esperen, que es su obligación. Hay que hacerse valer, mocosa.

HILDEGART: ¡Mamá, que los ingleses son muy puntuales! ¡Piensa en míster Wells!

AURORA: ¡Que reviente! ¿Qué pintará en la verbena ese vejestorio?

HILDEGART: Me ha pedido que le enseñe a bailar el chotis.

AURORA: ¡No!

HILDEGART: Lo quiere conocer todo y probar todo.

AURORA: ¡Mira, el viejo baboso! ¡El chotis! ¡Habrà que verlo!

HILDEGART (*descolgando el esqueleto y bailando con él, mientras canta con la conocida melodía del chotis de "La Gran Vía, de Chueca"*):

Yo voy a un baile
con mi madre
y Barriobero,
¡a mí me gustan
los cocineros!

AURORA: ¡Pero Hilde, qué es eso!

HILDEGART (*continúa*):

Y el viejo míster
que el chotis

baila en mis brazos,
¡me tiene casi, casi
hecha un pendón!

AURORA (*encantada*): ¡Ay, qué golfa! ¡Ay, que tía más golfa! ¿Dónde has aprendido tú a bailar? ¡Aquí mismo, claro! ¡Te encierras a estudiar tu Medicina, y lo que pasa es que agarras el esqueleto y te lo bailas! ¡Y qué aires! ¿A quién has salido tú tan bailona, si puede saberse?

HILDEGART: ¡Al heroico marino y casto sacerdote!

AURORA: No lo creo, él era muy... Tú no te le pareces.

HILDEGART: ¿Que no? ¡Ahora verás! (*Derribando a Aurora.*) ¡Yo soy un nietzscheano trascendente! ¡Aurorita! ¡Aurorita, usted me enloquece, me fascina!

AURORA: Hilde, ¿qué haces?

HILDEGART: ¡Tranquilícese, Aurorita! ¡La protege el honor de la Marina!

AURORA: ¡Pero qué juego es éste, niña loca!

HILDEGART: ¡Vamos, chata! ¡Fuera ropa, que te fecundo!

AURORA: ¡Niña! ¿No te da vergüenza, hablar así a tu madre?

HILDEGART: Será por la casulla. (*Se echa sobre ella.*)

AURORA: ¡Hilde, Hilde, sinvergonzona! ¡Que me vas a hacer reír!

HILDEGART: ¿Que has venido sin bragas, Aurorita? ¡Con que ya sabías todo lo que iba a pasar! ¡Ven aquí, preciosa, talentazo! ¡Voy a sembrarte en el cuerpo el Jardín de la Ciencia con toda su vegetación! ¡Quieta así, Aurorita, cariño, quietecita así, muy bien...

AURORA: ¡Hildegart, mira a tu madre! ¡Mira a tu pobre madre!

HILDEGART: ¡Traga, traga!

AURORA (*repentinamente intranquila*): Bueno, guapa, ya está bien, que me está dando vergüenza el juegucito.

HILDEGART: ¡Aah! ¡Aaah! ¡Aaaaah! ¡Ah...!

AURORA: ¿No me has oído? ¡Quítate de encima, que pesas más que el famoso don Quinito!

HILDEGART (*apartándose*): Debió de ser un espectáculo. ¡Lástima no verlo por un agujero!

AURORA: Tres veces nos juntamos en aquella sacristía, y luego dejé de ir y no he vuelto a saber de él. Ni la menor noticia. Tal vez murió en alta mar, a bordo de su barco...

HILDEGART: ¡Ji, ji, ji! ¡Menudo barco!

AURORA: ¿Por qué no me cuentas la gracia, y me río yo también?

HILDEGART: Es que... ¡no te lo puedo decir!

AURORA: ¿Cómo has dicho? ¡A ver, repite eso!

HILDEGART: ¡Ya se me ha ido la lengua!

AURORA: Si alguna vez en tu vida se te ocurre ocultarme ni tanto así...

HILDEGART: ¡Eh, que yo no tengo ningún interés! ¡Te quiero ahorrar un disgusto, y nada más!

AURORA: No te preocupes por mis disgustos, y desembucha. ¡Rápido!

HILDEGART: Está bien, como quieras. Hará cosa de una semana he tenido por casualidad noticias de papaíto.

AURORA: A ése, llámale por su nombre. ¿Noticias fidedignas?

HILDEGART: ¡Y tan fidedignas! Una causa penal, con testimonio de todas las diligencias de prueba y copia de la sentencia. La vi en el bufete de Quintero Porcel, que llevó la defensa. Se sustanció el proceso meses después de vuestra... colaboración científica.

AURORA: Ya. ¡Pobre don Quinito! Era un hombre excepcional, un gran revolucionario. Los tribunales burgueses lo condenaron, y tú no querías decírmelo para que no me afectara. Bien, ya ves que no me afecto. De todos modos... si lo hubiesen ejecutado me habría enterado... ¿Lo ejecutaron?

HILDEGART (*estallándole la risa, sin poder contenerse*): ¡Has querido que te lo diga, y te lo digo! En primer lugar, nada de don Quinito: Joaquín Baltasar era uno de los muchos nombres falsos que utilizó; en realidad se llamaba Alberto, Alberto no sé cuántos... Y no le condenaron a muerte, no seas romántica. Le condenaron sólo a unos añitos de prisión por violación de niñas y estupro de menores. Y también por falsedad, y por hurto, y por uso indebido de uniformes, porque resulta que era tan marino como tú, ¡y por más cosas! Y a propósito, ¿sabes de qué vivía? Pues era propietario de un prostíbulo en la Rapa da Folla de Santiago, ¿qué te parece? Tú, tan seria: "¿Va usted a los burdeles?" ¡Y resulta que el buen señor tenía uno en el bolsillo!

AURORA: ¡Te estás burlando de mí!

HILDEGART: No, no. Perdona, el que se burló de ti fué otro.

AURORA: Todo eso es una mentira tonta, un bromazo estúpido.

HILDEGART: Mañana vamos juntas al bufete de Quintero, y lo ves tú misma.

AURORA: Sí. Sí. Mañana vamos.

HILDEGART: ¿Qué te pasa?

AURORA: Nada. No me pasa nada. Déjame. (*Se postra, cogiéndose la cabeza.*) ¡Ay! ¡Aay!

HILDEGART: ¿Seguro que no te pasa nada?

AURORA: ¡No, no, estúpida! Trato de pensar, ¿no lo ves? ¡Eso no es justo, no es justo! ¡Yo no merezco eso!

HILDEGART: ¿Pero qué dices? ¡No te pongas así!

AURORA: ¡Cállate! ¡Cállate tú, basura! ¡Cállate, inmundicia!

HILDEGART: Pero, ¿qué te pasa? ¿Se puede saber?

AURORA (*tras una pausa, hablando al vacío*): ¡Todo puede arreglarse todavía! ¡Yo lo arreglaré! ¡Hildegart hará lo que yo diga! ¡No me separaré de ella!

HILDEGART: ¡Se puede saber qué estás hablando tú sola!

AURORA: No es nada, Hilde. Ayúdame a levantar. O mejor ven, siéntate a mi lado. Tenemos que hablar, tenemos mucho que hablar, muchísimo.

HILDEGART: Pero ahora, ni lo pienses. Arréglate, y a la verbena.

AURORA: ¡Olvídate de la verbena, estúpida! ¡Estúpida!

HILDEGART: ¡Nos están esperando!

AURORA: ¡Ya se irán! ¡Cuando se cansen, ya se irán!

HILDEGART: Eres muy difícil de aguantar, ¿sabes? ¡Muy difícil!

AURORA: Ah, ¿sí? Conque soy difícil, ¿eh? ¡Pues no sabes tú lo que te espera!

HILDEGART: ¿A qué viene eso?

AURORA: Pero, ¿es que tú no te das cuenta de lo que me has dicho?

HILDEGART: Sabía que te iba a dar un disgusto, y no te lo quería decir.

AURORA: ¿Un disgusto? ¿Un disgusto, y ya está? ¡Yo busqué a un hombre perfecto para que fuera tu padre!

HILDEGART: ¡Pues lo hiciste de maravilla!

AURORA: De acuerdo, me equivoqué. Si eso es cierto, me equivoqué. Y si yo me equivoqué, entonces..., tu existencia es un error, Hildegart.

HILDEGART: ¿Cómo, cómo, cómo? Perdona, pero no es eso. Tú te acostaste con un cerdo. Muy bien, allá tú. A mí eso no me importa.

AURORA: ¿Que no te importa? ¡Te importa muchísimo más que a mí! ¡Es tu padre, no el mío!

HILDEGART: ¿Mi padre? Yo no conozco a tu don Quinito, y no siento por él ni frío ni calor.

AURORA: Quieras o no quieras, has venido al mundo con su herencia genética, no te hagas la tonta. Yo contaba con eso, y para tener una hija extraordinaria busqué a un hombre extraordinario. Si lo que encontré fué un sucio vicioso, la hija que he tenido con él no vale nada.

HILDEGART: ¡Hazme el favor de no decir tonterías!

AURORA: ¿Tonterías, Hilde? ¿Estás segura de que son tonterías? ¿Cuántas veces hemos hablado sobre la eugenesia? ¿Y estabas de acuerdo, o no? ¡Ya lo creo, que lo estabas! Como tú te creías eugenésicamente perfecta, estabas de acuerdo, es natural. ¡Ahora, en cambio, eso son tonterías! ¡Una prueba de mezquindad, Hildegart! ¡Eso corrobora la herencia de tu padre.

HILDEGART (*superficial*): ¡Si lo sé, no te lo digo!

AURORA: ¡Muy bien! Como creías que me ibas a dar un disgusto, me lo has dicho con toda tu mala baba; pero al resultar que el disgusto es para ti, te arrepientes. Cada vez que abres la boca, lo estropeas más.

HILDEGART: Pues nada, entonces, me callo.

AURORA: Hilde, tenemos que hablar con seriedad, porque esto es muy serio.

HILDEGART: Adelante, tú hablas y yo escucho, como siempre.

AURORA: No, hija, no. Te necesito en mejor disposición. Nuestro barco se está hundiendo, y tenemos que salvarlo sin reparar en sacrificios.

HILDEGART: ¿Qué sacrificios son esos?

AURORA: Tendrás que aumentar, ¡y mucho!, tu trabajo y tu disciplina, para compensar tu defecto genético.

HILDEGART: ¡Estás loca!

AURORA: No me digas eso. No lo repitas ni en broma.

HILDEGART: Es que no sé que decirte. ¿De qué compensación estás hablando? ¿A qué viene eso? ¡No comprendo nada!

AURORA: ¿No comprendes nada, estúpida? De un padre y de una madre excepcionales, habría nacido una Hildegart excepcional, pero con un padre vergonzoso, la Hildegart que tenemos es una mujer vulgar, o tal vez menos aún. Calculando que hayas perdido la mitad de tus dotes naturales, tendrás que duplicar la intensidad o el tiempo de trabajo para poder compensar el rendimiento.

HILDEGART: ¡Yo no he perdido nada! ¡Soy la misma que era antes de que te enteraras de quién fué ese tipo!

AURORA: ¡Sí, la misma! ¡La misma que estaba empezando a fallar últimamente! ¡Así se explican tu rebeldía y tu pereza de un año a esta parte! ¡Ya lo creo,

que se explican! ¡Es el cerdo de tu padre, que está sacando la oreja! ¡Aquel gorrino baboso!

HILDEGART: ¡Eso de que estoy fallando, te lo inventas tú! ¡Otros con más criterio no piensan lo mismo!

AURORA: Tus amigotes del partido federal, ¿verdad? Te adulan bajamente y se apoderan de ti. ¡Te conformas con muy poco, Hildegart!

HILDEGART: No me adulan, son gentes absolutamente honestas!

AURORA: Pues con su pan se lo coman, porque para ti se han terminado: mañana escribes dándote de baja. ¡Se acabó el politiqueo, se acabaron los partidos! ¡Se acabó el perder el tiempo! A partir de este momento, repartiremos seis horas para el sueño y las comidas, y las otras dieciocho las dedicarás a trabajar sin levantar cabeza. Yo estaré a tu lado, vigilando que tus ojos no se aparten ni un segundo del trabajo. Será duro, pero compensaremos la tara que te dejó aquel hijo de perra.

HILDEGART: ¿Puedo hablar yo? ¡Di! ¿Puedo hablar?

AURORA: Con ese tono, no.

HILDEGART: ¡Con este tono, sí! ¡Me vas a oír! ¡Me vas a oír una vez en tu vida! ¡Abre bien las orejas!

AURORA: No estás en condiciones de decir nada serio, Hildegart. No has racionalizado la situación, eres tan emotiva como tu lamentable padre.

HILDEGART: Pues escucha tú, y racionaliza lo que te voy a decir. El día once se vuelve Wells a Londres, ¡y yo me voy con él!

AURORA: ¿A Londres? Ve mejor a Santiago, a hacerte cargo del burdel de tu padre.

HILDEGART: No me has creído. Te digo que el día once me voy a Londres con Wells, estamos los dos de acuerdo. No pensaba decírtelo hasta la víspera, pero te lo digo ahora, para que lo sepas ya.

AURORA: Me lo dices unos cuantos días antes para que sufra, ¿verdad? Eres tonta y mala, Hilde. Las dos cosas.

HILDEGART: ¡Es que no te aguanto, Aurora! ¡No te aguanto más! ¡Ni un minuto más!

AURORA: Pues me vas a tener que aguantar muchos años. No me separaré de ti ni en el retrete.

HILDEGART: ¡Me das lástima, pobre imbécil!

AURORA: Hilde, cariño, te voy a partir la boca de un revés. Vas a escupir sangre. Ven aquí.

HILDEGART: Es lo único que has hecho siempre, partirme la boca. No sabes otra cosa.

AURORA: ¡No te tolero que me hables así!

HILDEGART: ¡Te hablo como mereces!

AURORA: ¿Y quién eres tú, cerda, para decirme lo que merezco! ¿Quién te crees que eres?

HILDEGART: ¿Que quién soy? ¡Soy mucho más que tú! ¡Mucho más! ¡Más inteligente, más instruída, más dotada! ¡No me llegas a la suela del zapato! ¡Te pasas la vida metiendo la nariz en mis asuntos, cuando no tienes ni idea! ¿No te das cuenta de que eres una pobre ignorante? ¡Una mujer sin educación y

sin cultura, que quiere hacer la revolución y arreglar el mundo! ¡Si das risa!
¡La aurora de la nueva era! ¡Ja!

AURORA: ¡Quítate de mi vista! ¡Quítate de mi vista, que hago un disparate!
¡Vete donde no te vea!

HILDEGART: ¡No te preocupes, que no me verás más!

AURORA: ¿Dónde vas? ¡Quieta aquí, sinvergüenza! ¡Quieta, digo!

HILDEGART: ¡Déjame! ¡Me vas a romper el vestido!

AURORA: ¡Te lo compré yo, así que es mío! ¡Tú no tienes nada!

HILDEGART: ¡Pues tráгатelo! ¡Pero métete en la cabeza que me voy a Londres!

AURORA: ¡Tú no vas a ninguna parte!

HILDEGART: ¡A Londres con Wells! ¡Como secretaria!

AURORA: ¡Como puta!

HILDEGART: ¡Pues a lo mejor como puta, no te digo que no! ¡Haré lo que me dé la gana!

AURORA: ¡Harás lo que yo te mande a estacazo limpio! ¡Vas a llorar lágrimas de sangre!

HILDEGART: Te empeñas en no entenderlo y no lo entiendes. No quieres entender que esta historia se ha terminado. ¡Anda, esconde la cabeza como un avestruz, para no ver lo que pasa! ¡Eso es miedo, Aurora! ¡Resulta que eres una cobardona!

AURORA: ¡Tú sí que eres cobarde, babosa de asco! ¡Siempre te ha dado miedo tu misión, porque es más grande que tú! ¡Y ahora quieres huir de ella!

HILDEGART: ¡De quien huyo es de ti, porque no te soporto! ¡No quiero verte más!

AURORA: ¡Pues me vas a ver de día y de noche! ¡Te haré trabajar a bofetadas y a puntapiés! ¡Tu misión está muy por encima de ti!

HILDEGART: ¿Pero qué misión? ¡Ya está bien de mentiras! ¡A ti el destino de las mujeres te importa un bledo! ¡Sólo te importas tú! ¡Y además, yo no tengo que libertarlas! ¡Ni yo, ni nadie! ¡Se están liberando ellas solas, no tienes más que abrir los ojos! ¡No necesitan que vengas tú a decirles lo que tienen que hacer, como me lo dices a mí! ¡Déjanos a todas en paz, por favor, déjanos en paz! ¡Tú no traes la luz a nadie, tú no eres la aurora de ningún día ni de ninguna era, entérate!

AURORA: ¿Pero qué dices? ¿Qué ladras? ¡Eggista asquerosa! ¡Como tú estás liberada, no te importan las demás! ¡Guarra! ¡Todo lo que tienes te lo he dado yo! ¡Todos tus conocimientos te los he dado yo! ¡Toda tu cultura!

HILDEGART: ¡Te lo agradezco mucho!

AURORA: ¡No me lo agradezcas, no te he dado nada para ti! ¡Ha sido para que lo emplees como yo quiero!

HILDEGART: Entonces, lo siento, pero te ha salido mal.

AURORA: ¡Yo he hecho una inversión en ti! ¡Exijo un resultado! ¡No estoy dispuesta a que me estafes!

HILDEGART: ¡Los hijos no son una propiedad de sus padres!

AURORA: ¡Los hijos no son una propiedad de sus padres, pero las herramientas sí son una propiedad de sus amos!

HILDEGART: ¡Nunca se te ha caído esa palabra de la boca! ¡Nunca! ¡Tu herramienta!

AURORA: ¡Sí, mi herramienta! ¡Eso es lo que eres, y nada más! ¡Una herramienta y una fracasada!

HILDEGART: ¡Ah, no! ¡Las herramientas no fracasan! ¡Fracasan los que las hacen y los que las usan! ¡Si hay aquí una fracasada, ésa eres tú! ¡Una megalómana torpe y fracasada!

AURORA: ¡Eso es mentira, mala lengua! ¡Lengua de víbora! ¡Eso es mentira!

HILDEGART: ¡No tiene vuelta de hoja!

AURORA (*tras una corta pausa*): Hilde, si eso fuera cierto, yo me mataría sin dudar. Con esa pistola que has visto, me levantaré la tapa de los sesos.

HILDEGART: Entonces, ¿a qué esperas?

AURORA: ¡Estoy hablando en serio, estúpida! ¿Tú quieres que tu madre se mate?

HILDEGART: ¡Sí! ¡Sí! ¡Sería lo mejor que has hecho en tu vida! ¡Sáltate los sesos, madre! ¡Dame esa alegría!

AURORA: ¿Esa alegría? ¡Qué más quisieras tú, serpiente! ¡Qué más quisieras que librarte de tu obligación!

HILDEGART: ¡Yo escupo en mi obligación y escupo en ti! ¡Mira! (*Escupe a AURORA.*)

AURORA (*lanzándose a HILDEGART*): ¿Qué has hecho, basura? ¡Cómo te atreves! ¡Te voy a matar!

Las dos pelean a brazo partido, rodando por el suelo.

HILDEGART: ¡Estás loca! ¡Estás completamente loca!

AURORA: ¡Cállate! ¡Cállate, inmundicia!

HILDEGART: ¡Más loca que una cabra!

AURORA: ¡Te voy a arrancar la lengua! ¡Maldita seas!

HILDEGART: ¡Maldita seas tú, madrastra de mierda!

AURORA: ¡Esta noche te mato!

HILDEGART: ¡Tú sí que te vas a acordar de esta noche mientras vivas!

AURORA: ¡Guarra! ¡Te voy a deshacer! ¡Ah!

Golpeada por HILDEGART en algún lugar sensible, AURORA se encoge, dolorida, y termina la pelea. HILDEGART se sienta en la cama, jadeante. Pausa.

HILDEGART (*entre jadeos*): Eres... imposible.

AURORA: Me has hecho... mucho... daño...

HILDEGART: Tú tienes la culpa...

AURORA: Hilde... esto ya...no tiene...arreglo...

HILDEGART: Separarnos... Es el único arreglo...

AURORA, aún sin reponerse, se acerca con trabajo donde dejó la pistola.

AURORA (*cogiendo la pistola y respirando hondo, recuperándose*): Sí, tienes razón... Nos tendremos que separar...

HILDEGART: ¿Qué haces otra vez? ¿Tienes ganas de juego?

AURORA: Hilde, por favor... Estáte quieta y no grites... ¡Estáte quieta, digo! ¿No ves que me pones nerviosa?

HILDEGART: Como quieras... Pero no me gusta verte con eso, ¿sabes? (*Corta pausa.*) ¿Por qué disparaste antes en el balcón?

AURORA (*acercándose a la cama en que está HILDEGART*): Estaba aprendiendo a disparar. Probando.

HILDEGART (*mientras AURORA se sienta en la cama o junto a ella*): ¡Qué tontería! ¡Si sabes que no la tendrás que usar nunca!

AURORA: Échate, hija.

HILDEGART (*echándose*): ¿Por qué?

AURORA (*dulce*): Porque vas a morir.

HILDEGART: ¡Esa broma no tiene gracia!

AURORA: No tenías razón, Hilde. Yo no he fracasado. No he alcanzado mi objetivo, porque mi herramienta no servía. Eso me justifica. Y cuando una herramienta no sirve, hay que tirarla a la basura.

HILDEGART: Mamá, no estás hablando en serio.

AURORA: Sabes muy bien que sí.

HILDEGART: Pero... ¡pero esto no es justo! ¡Yo sirvo, mamá! ¡Estoy en plena forma! ¡Vamos a trabajar juntas, vamos a hacer maravillas! ¡Pediremos un préstamo, y fundaremos un periódico feminista! ¡Yo lo dirigiré y tú me orientarás! ¡Les daremos secciones fijas a Victoria Kent y a Clara Campoamor! ¡Las dos me quieren mucho! ¡Yo escribiré el editorial...! ¡No me pongas eso delante de los ojos, no puedo ver ese agujero negro!

AURORA: Si yo hubiese fracasado me mataría, te lo juro. Pero no es ese el caso. Eres tú, Hilde, la que me ha fallado.

HILDEGART: ¡Que no, que no! ¿Pero, no me has oído? ¡Vamos a trabajar como nunca, ya verás!

AURORA: Eso dices ahora, pero mañana te escaparás con el inglés. Las dos sabemos que esto no se arregla, Hilde.

HILDEGART: ¡Esa no es razón para matarme!

AURORA: Tú eres un arma, hija. Y un arma es buena o mala, según quien la usa. No puedo correr el riesgo de que caiga en malas manos. Yo te construí para una causa justa, pero he perdido tu control y te tengo que destruir.

HILDEGART: ¡Qué incoherencia! ¡Si acabas de decir que no sirvo para nada!

AURORA: Porque no quieres servir. Basta, Hildegart. Cierra los ojos, no quiero que sufras.

HILDEGART: ¡No, espera! ¡Quiero hablar, espera! ¡Quiero hablar!

AURORA: ¿Qué más tienes que decir? ¡Te estás alargando la agonía!

HILDEGART: ¡No hagas esta barbaridad! ¡No hagas conmigo esta barbaridad!

AURORA: Es mi obligación, Hilde, no lo hago por gusto. Si fueras mi verdadera Hildegart, me lo pedirías tú misma.

HILDEGART: ¡Te pido que me dejes vivir! ¡Hazme lo que quieras, pero déjame vivir!

AURORA: ¡No, hija, no, no digas eso! ¡Me haces daño! ¡Y además, no es verdad! ¡Últimamente me has dicho tantas veces que estás cansada! ¡Lo has dicho! ¡Que querías descansar! ¡Que querías morir y descansar!

HILDEGART: ¿Cuándo he dicho yo eso, cuándo?

AURORA: Muchas veces. Y la otra noche, te despertaste de madrugada preguntando que por qué vivías aún, ¿no te acuerdas?

HILDEGART: ¡Eso no es verdad! ¡Nada de eso es verdad!

AURORA: ¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo, no seas cobarde! ¡No vas a sufrir nada, será instantáneo!

HILDEGART: ¡Pero yo no quiero estar muerta!

AURORA: Será como si nunca hubieras nacido. Se deshace lo mal hecho, y nada más.

HILDEGART: No digas eso, piensa un poco en mí. Yo te quiero mucho.

AURORA: Y yo a ti también, criatura, pero tenemos que ser fuertes.

HILDEGART: ¡No quiero ser fuerte! ¡Lo que quiero es vivir!

AURORA: Ese terror animal me está dando asco.

HILDEGART: ¿Y qué quieres que haga?

AURORA (*incorporándose frente a HILDEGART, a la que oculta*): Cerrar los ojos, nada más.

HILDEGART: ¡No!

AURORA: ¡He dicho que los cierres! ¡Obedéceme! (*Corta pausa.*) Así. (*Se oye un disparo.*) ¡Ah...! (*Vuelve a disparar.*) No sufras, pobre Hildegart, no sufras. Vete sin sufrir... Dos más al corazón, así... (*Dispara dos veces al pecho de HILDEGART*) Por fin, ya está hecho... Ya no podrás traicionarme, Hilde, nadie te usará contra mí... Los agujeritos de la frente ya manchan la almohada, pero tú estás en paz, no has sufrido, no... Por esos agujeros tan pequeños te ha salido la vida antes que la sangre, no has sufrido nada... Esa vida que se escapa es mía, te la di yo y es mía, me arranqué la mitad de mi vida para que tú vivieras, te formé con mi sangre y mi cerebro, con mi alma y con mis huesos, eres un gran trozo mío que fué creciendo y se fué separando..., que llegó a ser más grande que yo. ¡Nadie puede acusarme por recoger lo mío! ¡Tengo derecho a defenderme, Hildegart! ¡Tengo derecho a mi libertad y a poder disponer de toda mi persona! Si una parte de mi vida escapa de mi voluntad y depende de otro, yo no soy libre, ¿comprendes? ¡Y tú eras esa parte! ¡Me habías mutilado, te desgarraste de mí! (*Se separa de HILDEGART*) Ahora siento que soy otra vez la dueña de toda mi persona y de toda mi vida. He recobrado lo que perdí, lo que se apartó de mi cuerpo y creció fuera de mí... Porque otra vez me siento apretada en mí misma, sin peligro de que un trozo mío se rebelé... ¡Otra vez, entera! ¡Oh, qué hermoso es esto! ¡Las dos mitades de Aurora que se habían separado, ya están otra vez juntas! ¡Qué enormidad de vida tengo dentro! ¡Siento en mi interior tanta grandeza, que me hace sufrir! ¡No me cabe dentro, me desgarran las entrañas...! Esta libertad dolorosa que tengo ahora, consuma mi misión, ¡en mí se cumple la liberación total! Sólo me queda vivir, ¡vivir esta vida inmensa! (*Echando sobre HILDEGART una brazada de banderas:*) ¡Adiós, Hildegart! ¡Llévate las banderas de nuestra lucha, como trofeos de honor! ¡La lucha en la que hemos vencido! ¡Porque ahora yo soy libre, y conmigo lo son todas las mujeres de la Tierra! ¡He tenido el valor de cometer mi crimen, el crimen que me estaba destinado, el que me devuelve mi integridad! ¡Y he nacido de nuevo, libre y colmada! ¡Ya no necesito más

que vivirme a mí misma! ¡Vivir mi libertad infinita donde no me conozcan, donde no me pregunten, donde no me limiten! ¡Donde nadie comparta mi hermosa vida ensangrentada! ¡Vivir yo sola mi libertad gigantesca, que pesa como un monte! ¡Vivir en una soledad donde no entre ni siquiera la luz...! Vivir, vivir en secreto con toda esta fuerza que llega a dolerme, vivir para mí misma, vivir yo por entero... ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Postrada, con la frente en el suelo, gime roncamente y jadea, mientras se extingue la luz.

FIN